



Gaspar Fernando Coll

# **Una reina y su favorito**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Gaspar Fernando Coll**

# **Una reina y su favorito**

Drama en cinco actos

Personajes:

CRISTINA, reina de Suecia.  
PAULA.  
EBBA.  
EL CONDE JUAN DE MONALDESCHI.  
SENTINELLI.  
CARLOS GUSTAVO.  
EL CONDE DE STEINBERG.  
EL BARÓN DE STEINBERG.  
EL CONDE MAGNUS DE LA GARDIE.  
OXENSTIERN.  
GUEME.  
PIMENTEL.  
EL CONDE DE BRALIE.  
FLEMING.  
CORNEILLE.  
LA CALPRENEDE.  
EL PADRE LEBEL.  
CLAUTER.  
LANDINI.  
SOLDADOS, PUEBLO ETC.

Los dos primeros actos pasan en Stockolmo; los tres restantes en Fontainebleau.

Acto primero

Salón en el palacio de Stockolmo, una puerta en el foro por la que se ve el mar.

Escena I

MONALDESCHI, SENTINELLI, GUEME FLEMING, PIMENTEL, MAGNUS DE LA GARDIE, STEINBERG, el barón de STEINBERG, a poco CRISTINA, el PAGE, CORTESANOS.

BARÓN. (Colocando a los cortesanos que se agolpan a la puerta de la cámara de la reina.) -La reina va a salir, y la etiqueta exige que os apartéis de esta puerta. Apartaos.

DOS PAGES. (Entran y se colocan a cada lado de la puerta.) -¡La reina!

FLEMING. (Saliendo al encuentro de la reina que sale con EBBA.) -¡Oh!, señora, el sentimiento, el temor...

CRISTINA. -He advertido, almirante, al visitar mi escuadra, que los buques ingleses que hay en el puerto tienen menos casco y más velamen que los nuestros; sin duda será esta la razón porque surcan con más ligereza las aguas.

PAGE. (Entrando pálido, y abriéndose paso por entre los cortesanos.) -¡Monaldeschi!... (Le ve, y corre a donde está.) ¡Marqués!

MONALDESCHI. (Estremeciéndose.) -¿Qué haces, Paula?, ¿por qué has penetrado hasta aquí?, ¿no conoces que me pierdes?

PAULA. (Retrocediendo.) -¡Señor!

CRISTINA. -¿Qué alboroto es ese?... No sabía, marqués, que estuviese a vuestro servicio ese pagedillo; no sé por qué lo habéis ocultado cuando es digno de un rey...

MONALDESCHI. (Colocándose delante de PAULA.) -Es un romano que me tiene mucho afecto; soy su único apoyo en la tierra, y no ha podido contener su alegría al verme fuera de todo peligro.

CRISTINA. -Grave ha sido por cierto el que hemos corrido los dos, cuando al pasar del navío Stockolmo a la fragata Suecia, hemos caído al mar: felizmente habéis andado muy prudente en asiros de mis vestidos; sabíais que una reina nunca se ahoga nunca...

SENTINELLI. -También sabemos nosotros que el marqués se ha propuesto no separarse nunca, ni en vida ni en muerte, de nuestra soberana.

CRISTINA. -Mucho se abusa de las palabras, Sentinelli; los amigos deben ser más sinceros.

MAGNUS. (Acercándose.) -Esa catástrofe...

CRISTINA. (Con sequedad e interrumpiéndole.) -Vuestra ropilla, conde Magnus, os sienta divinamente, pero es tan delicada su tela que debe mancharla la menor cosa. Habéis hecho muy bien en no mojarla. ¿Pero me habrá enviado Dios algún ángel para sacarme del

peligro?... Hasta ahora no se ha visto a mi libertador... ¡Oh!, si hubiese sido alguno de vosotros ya estaría yo arrodillada a sus pies.

BARÓN. -No estrañéis, señora, no ver aquí a mi sobrino. Esta mañana ha llegado de Francia, y como sabe que desempeño cerca de V. M. el empleo de introductor de extranjeros, no ha querido faltar a las formalidades establecidas...

CRISTINA. -¡Cómo!, ¿es vuestro sobrino el que me ha salvado la vida?...

BARÓN. (Cortado.) -Perdonad, señora, si ha faltado a la etiqueta en esta ocasión: viéndoos en tan grave peligro se creyó autorizado a presentarse por sí mismo.

CRISTINA. -Y yo se lo agradezco. ¿Dónde está? Acercaos, galante caballero, ¡según veo, os infundo mucho miedo! A vuestra temeridad ha seguido la cobardía: mas arrojado habéis sido para salvarme la vida.

STEINBERG. -Perdonad, señora, si tembloroso y sorprendido me parece que agita mi imaginación un sueño; temo que se disipe la ilusión si doy un paso o pronuncio una palabra; dudo si soy yo mismo...

CRISTINA. -Imprimid en mi mano vuestros labios, y desaparecerá toda duda. (A los CORTESANOS.) ¿Qué recompensa merece el hijo de un país tan remoto al nuestro para salvar a vuestra reina?, porque a no ser por él ya no existiría; ¿lo oís, señores?

MONALDESCHI. -¡Oh!, nuestra soberana nunca podrá ser demasiado pródiga con él.

MAGNUS. -Títulos.

SENTINELLI. -Honores.

CRISTINA. -Desde luego será nuestro amigo, si después quiere algo menos podrá elegir en mi comitiva el puesto que más sea de su agrado. ¿Con que venís de Francia?

STEINBERG. -Sí señora.

CRISTINA. -Y decidme, ¿qué opinan de mí en ese país?

STEINBERG. -Que vuestro reinado es hermoso, sublime y grandioso.

CRISTINA. -¡Oh!, ¡lisongero como todos!... ¿Y nuestro hermano Luis?

STEINBERG. -Parece que todo se ha conjurado contra la regencia de Ana de Austria.

CRISTINA. -¡Oh!, si la regente hubiese sabido herir y castigar a tiempo... Pero hablemos de otra cosa. ¿Qué novedades presenta vuestra literatura?

STEINBERG. -El mes pasado han estrenado los cómicos del rey una tragedia de Corneille..., o de Garnier..., no, no, de Corneille.

CRISTINA. -¿Cómo se titula?

STEINBERG. -Horacio.

CRISTINA. -¿Y qué se dice de ella?

STEINBERG. (Con convicción.) -Que el autor no ha seguido las huellas de los grandes maestros, que es trivial y bajo.

CRISTINA. -¿Quién opina así?

STEINBERG. -¡Oh!, señora, ¡la academia Francesa!

CRISTINA. -¿Y el público qué dice?

STEINBERG. -El público aplaude a Corneille, y silva a la academia.

CRISTINA. -Nuestro país, Steinberg, es tan estéril que no ha producido ni un Homero, ni un Virgilio. Apenas conocemos el alfabeto de las ciencias. Mi hermana Isabel fue más grande que yo, porque tubo un Shakespeare que inmortalizó un reinado, los Médicis tienen un Maquiavelo, Luis tiene un Corneille, y Cromwell un Milton. (Volviéndose y viendo a los cuatro ancianos tutores del reino.) Pero lo que no tienen ni la Francia, ni la Italia, ni la Inglaterra, son esos venerables ancianos que hacia mí se encaminan con austero paso; esos cuatro ancianos que me recogieron de niña, y me dejaron reina; esos cuatro ancianos que abrigan bajo esa tosca corteza un corazón en el que los hielos del norte no han podido penetrar. Miradlos, Steinberg, ¿no se os figura ver andar a los dioses de nuestro áspero clima? Semejantes a nuestros añosos cipreses han sufrido el ardor de las tempestades; los huracanes de las cortes desenfrenados contra ellos, han cubierto de nieves sus cabezas, pero nunca han conseguido doblégarlas.

## Escena II

Dichos, OXENSTIERN, otros tres ancianos.

CRISTINA. -Acércate, Oxenstiern, habrás sabido sin duda que tu hija ha estado en peligro de perecer, y hubiera perecido ciertamente, si compadecido el cielo al verla tan joven, no la hubiese socorrido generosamente.

OXENSTIERN. -Lo sé, hija mía, y otra vez venimos en nombre de la Suecia, que ve en tus octogenarios tutores tu único apoyo...

CRISTINA. -¡Qué haces, padre mío!, levántate...

OXENSTIERN. -En nombre de tus abuelos, descendientes de cien reyes, en nombre del gran Gustavo, en nombre de tus pueblos, que tanto te adoran, sienta, hija mía, un esposo a tu lado: porque si te llegásemos a perder, sólo Dios sabe cuánto se alegrarían las naciones que nos miran con envidia, ¡y cuán desgraciados seríamos nosotros! Pero si un ilustre vástago de tu himeneo continuase después de tu muerte el esplendor de tu reinado, tendríamos sí, acusando de cruel destino, las lágrimas en los ojos, pero tendríamos también la esperanza en el corazón. Si, según nuestros deseos, acudes a fortalecer el equilibrio del trono, te dejaremos elegir libremente tu esposo, y sea quien fuese, le juraremos obediencia, y le obedeceremos.

(Todas las miradas se dirigen a MONALDESCHI.)

CRISTINA. -Dicen bien, y tu voz me convence y me conmueve cual si fuera la de Dios; dices bien, y hace bastante tiempo que alimento un proyecto, que ya debo revelar. Hoy es el último día de mayo, para el dieziséis del próximo junio mandaré reunir en mi palacio de Upsal las cuatro órdenes del estado, y allí me explicaré.

OXENSTIERN. -Bien, hija mía.

CRISTINA. -Vamos ahora, padre mío, al templo a pedir a Dios que sea próspero ese día. (A los CORTESANOS.) Seguidme, señores.

(Vanse todos los cortesanos. MONALDESCHI se quede el último, y se acerca precipitadamente a PAULA.)

Escena III

MONALDESCHI, PAULA.

MONALDESCHI. -Marcharéis, Paula, en el primer buque que se haga a la vela para Italia.

PAULA. -¡Marqués!...

MONALDESCHI. -Marcharéis.

PAULA. -Un momento, marqués, un momento en nombre del cielo. ¡Oh!, quiero hablaros, ¡escuchad!, ¡escuchad!

MONALDESCHI. -Escucho.

PAULA. -Decid..., decid..., ¿soy culpable porque el terror me haya arrancado esas malditas palabras? Cuando caísteis al mar creí que habíais muerto, y cuando abrí los ojos, después de mi desmayo, vi que vivíais. ¡Oh!, ¡mi corazón no pudo soportar tanta dicha; mi seno era demasiado estrecho para contenerla! ¡Tenía que exhalarle en palabras, en gritos, y por este crimen me proscribes tú!..., ¡tú!...

MONALDESCHI. -¿Por qué me has seguido a palacio?

PAULA. -¿Por qué?..., y ¿por qué se va contigo mi alma cuando te separas tú de mi lado?

MONALDESCHI. -Señora.

PAULA. -Perdona, Monaldeschi. -Si yo hubiese sabido que había de despertar la menor sospecha, me habría resignado a estar separada de mi Monaldeschi todo el día y toda la noche, sin acusarle de cruel en mi tristeza, y contando cada segundo por los latidos de mi corazón, y cuando te hubieras retirado, habría espiado en tu semblante el presagio de la suerte que me esperaba, y si te hubiese visto alegre me habría reído, y si te hubiese visto triste habría llorado.

MONALDESCHI. -Sé que me amas, Paula...

PAULA. -¡Si te amo!..., te amo como el día que mi corazón cediendo a tus instancias se derritió en amor; como el día en que pasó de tus labios a mi alma un beso abrasador cual si fuera una llama, como el día en que faltando a mi deber abandoné a mi madre y a mi patria. ¿Y sufriendo tanto por ti y para ti, ha manifestado alguna vez en suspiros o palabras el menor sentimiento de haber abandonado por este cielo nebuloso, y por este suelo de nieve, el cielo brillante y puro, y el suelo encantador de la Italia? ¿Y cuando he sabido que mi madre había muerto de dolor sin pronunciar para mí la palabra perdón, he venido por ventura deshecha en llanto a decirte con amarga voz: por ti me ha maldecido mi madre?

MONALDESCHI. -No, fuiste generosa.

PAULA. -Y ¿cuando de tu mano recibí este traje y me lo puse, te revelé los padecimientos de mi alma? ¿Te dije que adivinaba que querías disfrazar mi sexo para ocultarme a la mirada de una mujer? No; mi corazón estaba herido, y con la sonrisa en los labios encubría mis tormentos, cuando hubiera dado mi vida por abandonarme al llanto.

MONALDESCHI. -Te amo, Paula, te amo todavía; ¿pero no comprendes la esperanza que me devora? Cuando trage a Stockolmo mis proyectos de ambición, estaba muy ageno de esperar que una soberana se dignaría acogerme bajo su real manto. Cristina lo ha hecho: y ¿sabes tú lo que puede ser algún día el hombre que ha sabido sorprender su amor? Ese hombre soy yo: la tengo presa en mis redes; y con un paso más que dé, me siento públicamente como dueño y señor en el puesto que, como amante, ocupo ahora en el trono. ¿No la has oído en este momento implorar la gracia del Señor?, pues un nombre adorado vibrará en sus oídos, y la voz de su corazón será la voz de Dios. Me hablas de penas y de tormentos; ¿y has penetrado por ventura, para hablar así, en el corazón de un favorito,

después de haber estado todo un día con la sonrisa en los labios? ¡Oh, Dios mío! -Hay un poder terrible y desconocido que nos empuja y obliga a atravesar ese infierno, en el que nos siguen paso a paso las furias, sin apartar de nosotros sus ojos centellantes. Subimos por los resvaladizos flancos de una árida montaña sin encontrar un apoyo ni un guía; y sólo nos detenemos para recoger un cordón, al cual no podemos llegar sin bajarnos. Sentimos temblar debajo de nuestros pies un suelo movedizo compuesto de ceniza y de lava, y sin embargo tenemos que seguir subiendo, y no nos atrevemos nunca a mirar hacia atrás por temor de asustarnos de la altura en que nos encontramos, y de caer hechos pedazos a confundirnos entre los hombres.

PAULA. -¡Ah!, ignoraba que hubiese tan atroces suplicios, pero ya que soy la más feliz, permíteme que te sostenga en tu siniestra marcha. Para hacerte olvidar las afrentas que sufras, necesitas tener una persona al menos a quien pisar. -¡Ah!, no me separes de tu lado; será tu criada: inventaré para consolarte todas las dichas, todos los gozes, todos los placeres de que es capaz una pasión pura y frenética; cuando me maldigas te bendeciré; y con dulces palabras amorosas te curaré las heridas del corazón. No me separes de tu lado, consiento en que otra sea tu mujer; te prometo amarla y obedecerla. (Echándose en sus brazos.) ¡Pero por Dios vivo no me separes de tu lado!...

MONALDESCHI. -La reina te ha visto, puede verte otra vez, y descubrir en una sola palabra que se te escape lo que siempre debe ignorar. Sentinelli ha clavado en ti sus ojos de tigre, y yo he palidecido, y apenas respirar podía... No, no es posible que te quedes, estoy rodeado de precipicios. ¿Qué le diría a la reina si quisiese verte?

PAULA. -¡Oh!, ¿no es más que eso? ¿No puedo ocultarme? Dirás que he marchado a Italia o que he muerto. Dime, ¿no tienes en tu casa algún rincón, alguna torre, algún calabozo? Aunque no tenga salida, aunque no tenga ventanas, aunque sea oscuro, y triste y miserable, viviré siempre en él, nadie podrá saber dónde estoy. Y si vivo, sólo tú podrás verme, y cuando te separes de mi lado me dirás si quieres que llore o que esté contenta..., tú mismo me llevarás el preciso alimento, y cuando te olvides de mí, ¡tendré sed y hambre!...

MONALDESCHI. -¡Paula!...

PAULA. -Monaldeschi, sé que no me amas con la pasión que antes, porque mi belleza se ha eclipsado, y sin embargo las lágrimas que ves en mis mejillas y las que antes las han precedido arrancadas por tu fatal amor, son las que han cubierto de palidez mi rostro, y amortiguado mis ojos. (Arrastrándose de rodillas.) Mírame a tus pies arrastrando y lacerando este débil cuerpo que tantas veces has sostenido entre tus brazos. ¿Quieres mi sangre?, ¿quieres mi vida? Toma mi sangre, toma mi alma, abre con tu puñal mi seno, y padeceré menos que ahora, si siento que desgarras mi corazón con tus uñas.

MONALDESCHI. (Enternecido.) -¡Paula! (Levantándola.) Yo bien quisiera, si posible me fuese, conservarte a mi lado... Veremos...

PAULA. (Arrojándose en sus brazos.) -¡Monaldeschi!...



MONALDESCHI. -Dime, Paula mía... (Se oye una campana.) ¿Qué oigo? ¡Dios está hablando de mí a la reina! (Rechazándolo.) Marcharéis, Paula.

(Vase.)

Acto segundo  
Sala del trono en el palacio de Upsal.

Escena I

CRISTINA entrando seguida de dos hombres; PAULA escondida detrás de una cortina.

CRISTINA. (Al ugier que le entrega una carta.) -Trae. (Leyendo.) «Carlos Gustavo, obedeciendo vuestras órdenes, acaba de apearse en el palacio de Upsal. Hoy 16 de junio.»  
¿Hay algo más?

UGIER. -No señora.

CRISTINA. -Retírate.

(PAULA sale de detrás de la cortina, y se arrodilla.)

PAULA. -¡Señora! ¡Señora!

CRISTINA. -¿Qué quieres? ¿Dónde te he visto?, ¿me parece que nos hemos encontrado otra vez?

PAULA. -En el palacio de Stockolmo el día...

CRISTINA. -Ahora recuerdo. ¿No estás al servicio del marqués? Vamos levántate...  
Había olvidado esa historia.

PAULA. -En mi memoria debe estar más grabada.

CRISTINA. -¿Con que estás al servicio del marqués?

PAULA. -No señora, no lo estoy desde...

CRISTINA. -Nuestro caballero mayor debía dar mejor recompensa a tu fidelidad.  
¿Qué has hecho?

PAULA. -Nada.

CRISTINA. -¿Nada?

PAULA. -Me ha despedido porque me teme.

CRISTINA. -¿Te teme?

PAULA. -Su felicidad depende de un gran secreto, que sólo él y yo conocemos.

CRISTINA. -¿Y qué secreto es ese?

PAULA. -Tal vez debiera ser más prudente de lo que soy, porque V. M. está interesada en ese secreto.

CRISTINA. -Explícate sin rodeos.

PAULA. -¡Oh!, ya había yo previsto que V. M. se enojaría.

CRISTINA. -No, tu temor es infundado; y sea cual fuere la falta que has cometido, me importa muy poco; te la perdono sin conocerla.

PAULA. -Pues bien, señora, ya sabéis que vine de Italia a Stockolmo con el marqués.

CRISTINA. -Lo sé.

PAULA. -Y quizás os había dicho también que escepto él no me queda otra esperanza en el mundo más que la tumba y Dios.

CRISTINA. -Sé que no tienes padre ni madre.

PAULA. -Luego podréis conocer cuál habrá sido mi dolor, cuando me ha dicho que debí marchar, que quedaría que un destierro eterno sucediese a mi favor, y que no debía volverle a ver en mi vid.

CRISTINA. -Y ¿con qué motivo te lo ha dicho? Eso es lo que yo quiero saber.

PAULA. -Y eso es precisamente lo que yo no me atrevo a deciros.

CRISTINA. -¡Misericordia divina!... Imploras mi perdón, y te lo concedo sin preguntarte porqué le pides, y luego vacilas... ¡Ah!, ¡habla!, ¡habla presto!

PAULA. -Bien comprenderéis, señora, que no queriendo en el mundo más que a mi amo, y que no separándome nunca de él..., debía conocerle tanto como a mí mismo, y que todos los sentimientos que asaltaban su corazón, resonaban casi al mismo tiempo en el mío;

así es que mi alma adivinó antes que mis ojos, que amaba. (CRISTINA hace un movimiento.) Bien os lo había dicho, señora..., y si queréis aún puedo callar.

CRISTINA. -Prosigue.

PAULA. -Viendo que su tristeza iba en aumento, conocí que su amor sería duradero y poderoso; viendo que su semblante estaba muy sereno, adiviné que esperaba conseguir el cielo en la tierra, ¡que esperaba ser amado! ¡Y lo era porque su esperanza se trocó muy pronto en alegría! Esos cabellos en los que se pierde vuestra mano, señora, no son ni más hermosos, ni más negros que los que él besaba todas las noches enagenado de amor. Su alegría fue después en aumento..., era una especie de delirio..., lloraba..., y después se echaba a reír y... Una noche entré en su cuarto, y vi, ¡oh!, sin querer, un retrato... Al ver que alguien se acercaba le ocultó; pero no tan pronto que yo no pudiese conocer que era el de la mujer que él amaba. Como vuestros cabellos, adornaban los suyos una corona.

CRISTINA. (Incorporándose en el sillón.) -¿Qué dices?

PAULA. -¡Perdonad, señora! Tanto atrevimiento obtendrá tal vez una recompensa sangrienta... Vengaos.

CRISTINA. (Sonriéndose.) -¿Y se me parecía?

PAULA. -¡Oh!, sí..., porque ese retrato no se ha separado de su corazón desde entonces, ni de día ni de noche.

CRISTINA. -Un experimentado adulator no hubiera inventado una lisonja tan grata para mi alma enternecida que la que tú acabas de pronunciar... Según veo ¿quieres obtener mucho de mí de una sola vez?

PAULA. -Sí, quiero mucho, reina; porque aún no lo he dicho todo. El día en que prometisteis elegir un esposo, olvidasteis que cada palabra vuestra penetraba y temblaba en su amante corazón, como tiembla la flor en el tallo al sentir la mano que va a arrancarla, y cuando se retiró por la noche aquel desgraciado, un momento antes el hombre más feliz en la tierra, no me hizo ya un misterio de su amor; me lo reveló todo; pero conociendo al momento que había hecho mal en confiar a un tercero un secreto real, quiso, tal vez con justicia, que inmediatamente saliese de Stockolmo para Roma. Yo le supliqué, y le ofrecí mi sangre y mi vida, con tal de que no me separase de su lado..., pero fue inflexible... Conocí que era preciso marchar, pero bien pronto concebí una esperanza, y dije: si la reina quisiese, yo no me marcharía; que quiera, y el marqués podrá conservarme a su lado. Os he seguido a todas partes, pero hasta hoy no he tenido la dicha de ver a mi soberana para caer a sus pies y suplicarle...

CRISTINA. -El hombre a quien otro hombre ama y puede amar así, debe ser grande y bueno... ¡Gracias, hijo mío! Yo lo ignoraba, y tú me lo has revelado. ¡Oh!, no..., no debes separarte de tu amo: guardemos el secreto confiado a tu fidelidad; yo acojo tu súplica admitiéndote a mi servicio.

PAULA. -¡A vuestro servicio!, creo que no me habéis comprendido.

CRISTINA. -Sí, el cariño que tienes al marqués merece una recompensa, él te la debe, y yo quiero satisfacer su deuda. Quédate, pues, conmigo para no separarte nunca de él.

PAULA. -Pero...

CRISTINA. -Basta; ¿cómo te llamas?

PAULA. -Pablo.

CRISTINA. -¿Qué edad tienes?

PAULA. -Quince años.

CRISTINA. -Bien, voy a encargarte de un mensaje secreto... Carlos Gustavo acaba de llegar a este palacio; podrás conducirlo a mi cámara sin que nadie os oiga ni os vea, donde le dirás que me espere. Toma la llave de ese pasadizo secreto que comunica con mi habitación.

PAULA. (Saliendo.) -¿He conseguido mi objeto? No. Pero me quedo. ¡Qué importa!

## Escena II

CRISTINA sola.

¡Oh!, ¡qué hermoso espectáculo ofrece ese sentimiento, superior a todos, esa amistad ardiente que se olvida de sí misma, y que mis cortesanos calificarían de locura! Tú puedes gozar de ese placer, Monaldeschi, porque no eres rey... ¡Ah!, qué sombrío y desconsolador destino es el de esta alma condenada al trono, que hubiera podido vivir, amar, y ser amada; que sentía palpitar en su seno el germen del amor, y que en la elevación en que la ha colocado el destino, no ve más que corazones cubiertos de hielo; elevación cual la de un alto monte a la que llega siempre helado el viajero, aunque al empezar la subida estuviese ardiente y sofocado. Verse en la primavera de la vida sin que para ella exista la alegría, surcando su frente profundas arrugas, y oprimiéndola una pesada corona de oro y pedrería en lugar de los suaves labios de un amante. Pisar por doquier ricos tapetes, hollar siempre cabezas de hombres, y ver que todos aquellos a quienes nuestro pie no oprime, alzan su frente erguida y amenazadora; recelar que todos los que a nosotros se acercan ocultan debajo de sus vestidos un puñal, y temer la muerte de César, Ladislao VI, Enrique IV, o Estuardo. Estar siempre rodeados de una multitud enemiga e inquieta que nos espía, que no nos deja nunca, y que hasta en nuestro lecho de muerte nos rodea para llamar a nuestros quejidos de dolor gritos de la conciencia y voz del remordimiento; y que nos sigue hasta el mismo sepulcro para esclamar por única oración fúnebre: «Al fin murió...» ¡Esto es reinar!... Correr los campos alegremente, respirar sola, reír a carcajadas, o llorar cuando se

quiere, elegir entre todos los hombres uno a quien dar el corazón... Viajar, ver a París, a Roma y esta sola consigo misma, y no tener siempre al lado personas que os digan: «No hagáis eso»... Y no servir de pretexto y de fin a estrañas ambiciones... Esto es ser libre, esto es ser feliz. (Óyese ruido, y se vuelve. CRISTINA toca una campanilla. Entra un page.) Llama al marqués.

### Escena III

CRISTINA, MONALDESCHI.

MONALDESCHI. -Señora, estoy pronto a obedecer, o transmitir vuestras órdenes.

CRISTINA. -No se trata de eso; sentaos a mi lado. Quiero hablaros.

MONALDESCHI. (Mirando a su alrededor.) -¿Señora?...

CRISTINA. -Nadie puede oírnos ni sorprendernos, desterrad la etiqueta.

MONALDESCHI. -Si no me engaño, veo que os dignáis concederme uno de esos agradables instantes, que me harían sonreír en medio de los más horrorosos tormentos.

CRISTINA. -Marqués, vuestras palabras me llenas siempre de alegría, y sin embargo el cielo sabe que dudo.

MONALDESCHI. -¡Dudáis, señora!..., ¡dudáis!..., ¿por qué santo, por qué virgen queréis que jure para tranquilizar vuestro corazón?...

CRISTINA. -No quiero juramentos, marqués; quiero tan sólo que me digas, si el boato que me rodea, y el fuego que despiden los diamantes de mi corona, no han deslumbrado más tus ojos, que yo seducido tu corazón?

MONALDESCHI. -¡Oh Cristina!, ¿por qué me haces esa injuria? ¿Amarte yo por tu clase? ¡Oh!, en cualquiera que el cielo te hubiera colocado te habría amado sin corona... ¡Si hubiese visto tus negros ojos a través de una verde celosía, habría amado tus ojos! Si te hubiese encontrado con la tiorba en la mano, sentada en un sepulcro romano, cantando un romance de amor, hubiera amado tu canto, porque te había adivinado en mis sueños, y porque experimentando el poder de mi vago amor, creía conocerte antes de verte. ¡Oh!, sí, en medio de los delirios de mi alma, me había atrevido a crear un ángel para mí en forma de mujer; tenía esa mirada, esa sonrisa..., y cuando te vi dije: ¡Oh! ¡Hele allí!

CRISTINA. -¡Dios te juzgue si me engañas, marqués, porque ninguna mujer por ardiente que fuese su amor, haría nunca por un rey lo que una reina va a hacer hoy por ti! Abrid. (Ábrese la puerta del foro, y entran los cortesanos.) Esperadme, marqués.

MONALDESCHI. -¿Dónde, señora?

CRISTINA. -Al pie del trono.

(Vase, el MARQUÉS la besa la mano, y va a colocarse al lado del trono, poniendo el pie en la primera grada.)

#### Escena IV

MONALDESCHI. Todos los cortesanos.

MAGNUS. (Entra con el BARÓN DE STEINBERG.) -¿Habéis visto, barón?, acaba de imprimir sus labios en la mano de la reina; ya se ha quitado la máscara; su triunfo es completo: ¡un beso en la mano!

BARÓN. -Convengo en que no de los de etiqueta.

MAGNUS. (A SENTINELLI.) -¿También lo habréis visto vos, Sentinelli?

SENTINELLI. (Con aire sombrío.) -Sí.

PIMENTEL. -Me parece Gueme, que el cielo protege nuestra causa. El marqués será un rey, y es un buen católico.

GUEME. -¿Cómo es que está aquí el embajador de Portugal?

PIMENTEL. -También está el de Milor protector.

OXENSTIERN. (Colocándose con los otros tres ancianos detrás del trono.) -Amigos, ocupad vuestro puesto al lado del trono por la última vez. Hoy descargaremos en otro el peso que oprime nuestros débiles hombros.

MAGNUS. (A SENTINELLI.) -Mirad, ya ha colocado el pie en la alfombra del trono.

SENTINELLI. -Decid barón, ¿para ceñirse la corona se quitará ese sombrero que conserva delante de nosotros?

BARÓN. -Deberá hacerlo. Sólo algunos grandes de España pueden cubrirse en presencia del rey. Es un derecho de nacimiento.

STEINBERG. -¿La condesa Ebba debe acompañar aquí a la reina?

BARÓN. -Quién lo duda. Es dama de honor. Bonito empleo.

STEINBERG. -¡Oh!, eso poco me importa. (Ábrese la puerta de la habitación de la reina, y aparecerá un UGIER.)

UGIER. (Anunciando.) -El príncipe Palatino, Carlos-Gustavo.

MONALDESCHI. (Estremeciéndose.) -¡Cielos!... ¡El heredero presuntivo!

SENTINELLI. -¡Hola!, ahora son dos pretendientes para una corona; uno está de más.

BARÓN. (Acercándose al príncipe.) -Alteza, la etiqueta señala vuestro puesto al lado del trono.

GUSTAVO. -Voy a subir a él con la reina.

MONALDESCHI. (Con voz apagada.) -¡Miserable de mí!

#### Escena V

Dichos, CRISTINA, el CONDE DE BRALIE con el globo real, y el CONDE DE GORLZ con la mano de justicia.

UN UGIER.- ¡La reina!

CRISTINA. -Salud, nobles señores. Príncipe Carlos-Gustavo dadme la mano... (Sube algunas gradas del trono.), y quedaos aquí. Espero, señores, que este día dará un resultado feliz. ¿Lo creéis así Oxenstiern?

MAGNUS. (Inclinándose.) -Señora, todos estamos convencidos...

CRISTINA. -Conde, acepto vuestra dimisión de tesorero mayor.

Mag.- ¡Cómo!..., ¿en qué he podido desagradaros?

CRISTINA. (A STEINBERG.) -Steinberg, os hago caballero de la estrella polar.

STEINBERG. -Señora.

CRISTINA. -Y os agracio con el cordón del Águila de Suecia.

STEINBERG. -Señora.

CRISTINA. (Viendo a GONDEMAR.) -¿Qué es esto? ¡En mi palacio de Upsal el enviado de Braganza! Esa es mucha arrogancia, conde de Gondemar, y Braganza se equivoca si cree tratarnos de igual a igual; el rey de España es rey de Portugal. (Al

embajador de Cromwell.) Señor de Whitelock, decid a vuestro amo que Cristina publica hoy el tratado de alianza que con él ha firmado, y aseguradle que le aprecio mucho. Ya veréis, señores, que el favor que lord protector nos dispensa, no nos deja nada que desear. A él le debo las dulzuras de una paz duradera. La Inglaterra ama a la Suecia, y le llama su hermana; contamos con el favor de la Francia, y sólo el imperio se mantiene firme en el odio que nos profesamos... Pero su águila es más débil, y se está desangrando, porque el león del norte la oprime entre sus garras; aún está palpitante de resultas de las últimas derrotas, y bastará ahora un solo golpe para tronchar sus dos cabezas. Cuando mi padre sucumbió triunfante en Lutzen desperté sobresaltada en mi infantil cuna, me incorporé, y miré a mi pueblo que dijo: «¡He aquí la reina!» Crecí pronto, porque la gloria paternal me mecía con su poderoso brazo; crecí pronto, repito, y como mi alma se ha endurecido, ¡no soy una reina, soy un rey! ¿Y decidme, a pesar del esfuerzo sobrenatural que he tenido que hacer, ha sido acaso para vosotros mi cetro de yerro? No. Cuando el cielo estaba nebuloso y cargado, cuando palidecían los semblantes, cuando temblaban los corazones; yo os abrigaba con mi real manto para ocultar la tempestad, y os decía: dormid, hijos míos, el cielo está sereno. Pero todo tiene sus límites; la carga que pesa sobre mis hombros ha llegado a fatigarme, y se hace preciso que otro la lleve. Mi papel ha concluido ya, el tuyo empieza ahora; abdicó en ti la corona. Salud Carlos-Gustavo, rey de Suecia. (Cogiendo el globo.) Recibe en tus manos este globo. Cristina es tu vasallo. Sube al trono.

OXENSTIERN. (Temblando.) -Un momento, señora, oídnos antes de abdicar... Arrodillaos, barones, condes, duques, y vosotros también ancianos, para hacerle comprender a nuestra reina que no le es dado descender tanto; que a pesar de su voluntad, todas las rodillas se doblarán, porque su cabeza debe elevarse siempre por encima de las nuestras. Sólo yo, el más anciano de tus tutores, te hablaré de pie, porque te conjuro a que renuncies a tu designio, como a designio fatal: ¿qué daño te han hecho los suecos para que así los abandones? Créeme, más de una vez ha arrastrado Carlos V su frente sin corona por los mármoles del Santuario, echando de menos la púrpura, y llorando el destierro que él mismo se había impuesto... Igual suerte te espera.

CRISTINA. -¡Venid a mis brazos, padre mío! (Todos se levantan.) ¡Gracias!, ¡gracias!... ¡Salud Carlos-Gustavo, rey de Suecia! Esta determinación no es el resultado de una insensata ligereza, es hija del convencimiento en mi imaginación. No me habléis más de ello. Bralie, acércate a cumplir con la reina el último deber que tu empleo te impone; ven, conde y vasallo fiel, ven a quitarme la corona y el manto.

BRALIE. -¿Quitaros yo, señora, el manto y la diadema? ¡Oh!, no, nunca.

CRISTINA. -Pues bien, yo misma te entregaré estas insignias reales que deben adornar a Carlos-Gustavo.

(Presentan a CARLOS-GUSTAVO la corona en un cogín de terciopelo; se la prueba, y la deja otra vez sobre el cogín; un grande trae el manto real.)

UN HERALDO. (Al pueblo.) -Carlos-Gustavo acaba de ser coronado: ¡viva el rey Carlos-Gustavo!



CRISTINA. (Bajando dos gradas, y tomando la actitud de una suplicante.) -Ahora deseo pedir os algunas gracias. Señor, ¿os dignaréis concederme una pequeña parte de los hermosos y vastos estados que os abandono?

GUSTAVO. -Mandad.

CRISTINA. -Como bienes personales, pido las islas de Gottland, Oselum, Olande, Ozel, Polé, Nycloloster y Wolgast, y quisiera que nadie, incluso vos, me las pudiese quitar.

GUSTAVO. -Vuestras son.

CRISTINA. -Espero que me permitiréis que me sigan todos los que quieran participar de mi buena o mala suerte; (con energía) pero quiero tener sobre ellos derecho para castigar de muerte la traición.

GUSTAVO. -Le tenéis.

CRISTINA. -Id ahora al templo a dar gracias al señor, que me ha dicho: haz rey a Gustavo: rogad por el estado y por mí.

GUSTAVO. -Seréis obedecida.

CRISTINA. -Los que quieran seguir la suerte de la que fue reina de Suecia, me encontrarán aquí dentro de un cuarto de hora. Hoy mismo partiremos.

SENTINELLI. -Gracias, señora.

STEINBERG. (A EBBA.) -Una palabra, señora, ¿acompañáis a nuestra soberana?

EBBA. -Sí señor, yo no abandono a mi reina.

STEINBERG. -¡Bien!

EBBA. -¿Pero qué interés tenéis en saberlo?

STEINBERG. -Uno muy grande.

OXENSTIERN. (Bajando del trono y besando la mano a CRISTINA.) -Hija mía, moriré de pesadumbre.

(Vanse todos. CRISTINA se queda en la última grada del trono, y MONALDESCHI al pie: óyese gran vocerío.)

PUEBLO. -¡Viva el rey!

CRISTINA. -La turba le rodea ya, y dice: ¡Viva el rey! Viva la corona, debiera decir. ¿Pero en qué pensamos? Soy Cristina, ¿marqués, me reconocéis?

MONALDESCHI. -¡Oh!, señora.

CRISTINA. -La reina ha desaparecido: pero la mujer que te ama está a tu lado. Mi diadema de oro contrariaba tus deseos, cuando por mis cabellos querías pasar tu mano.

MONALDESCHI. -Me habéis comprendido, y os doy gracias... (Quién me hubiera dicho que debía de envidiar tu desgracia, ¡Magnus de la Gardie!)

CRISTINA. -¡Adiós, marqués!, ya sabéis que se van a reunir aquí los que sigan mi próspera o adversa suerte; espero que no tendré necesidad de encargaros la puntualidad.

(Vase CRISTINA; MONALDESCHI le besa la mano, y al volverse ve a PAULA.)

## Escena VI

MONALDESCHI, PAULA.

MONALDESCHI. -¡Paula!..., ¡estoy soñando!... ¿Qué hacéis aquí?

PAULA. -Aguardo la hora de partir.

MONALDESCHI. -¿Vienes con nosotros?

PAULA. -Sí.

MONALDESCHI. -¿Con nosotros dices?

PAULA. -¡Digo que sí! ¿Es algún prodigio acompañarte a Francia?

MONALDESCHI. -Sólo deben acompañar a la reina los que están a su servicio.

PAULA. -Pues bien, yo lo estoy. ¡Ah!..., creías que se podía engañar impunemente a la mujer que dio crédito a tus juramentos; creías que podrías arrastrar a la joven que por ti ha perdido patria, honor y familia; entregarla al desprecio de este mundo insultante, y que se iría cuando le dijese: ¡vete! ¡Oh!, ¡no! Yo soy la sombra de tu querida, y me coloco delante de ti como un remordimiento eterno. Tú me has hecho tomar un camino azaroso, pero a cualquiera parte que se dirijan tus ojos verás siempre pasar por el horizonte mi triste sombra, y al terminar tu carrera me encontrarás al borde del sepulcro para darte la mano. Atormenta, atormenta el puño de tu daga; pero ten entendido que ni aun cuando ya no exista; y vale más, créeme, ver salir un puñal de la baina, que un espectro de la tumba. Creías que mi corazón, comprimido por el terror, no se atrevería a estallar...

MONALDESCHI. -(Viendo a SENTINELLI que entra.) ¡Sentinelli! Calla.

## Escena VII

Dichos, SENTINELLI, STEINBERG, EBBA, CRISTINA.

SENTINELLI. -¿Estáis preparado ya, marqués?

MONALDESCHI. -Sí, conde.

SENTINELLI. -Bien.

MONALDESCHI. -¿Seréis de la comitiva?

SENTINELLI. -Seguramente; y no debe pesaros, somos amigos antiguos, y donde vos vais allí voy yo.

CRISTINA. (Entrando.) -Son cinco entre todos. ¡Séquito respetable para una magestad que fue! ¡No importa! Vamos a correr el mundo; visitaremos primero a Roma, luego a Francia y después a Inglaterra. Cromwell me ha manifestado ya su deferencia hacia mí, y ahora deberá ser mayor, porque mi corona no deslumbrará sus ojos. Vamos, señores, el que me ame que me siga.

(Vase con EBBA y STEINBERG; MONALDESCHI se queda mirando a SENTINELLI que se ha quedado atrás.)

PAULA. (Arrastrando a MONALDESCHI.) -Vamos, marqués.

## Escena VIII

SENTINELLI solo.

Allá voy, marqués, ¡no creas que el león abandone la presa que persigue en el momento en que va a devorarla! Ya es tiempo de que se encienda el volcán que brama y humea en mi pecho hace un año. Ya es tiempo de que vomite el odio que en sus entrañas hierbe, y que por su boca rebosa; pero ese odio no se enfriará como la lava. Quieres huir de tu destino, pero hasta que bajes a la tumba te seguirán mis pisadas.

(Vase.)

Acto tercero

Salón en el palacio de Fontainebleau: en el fondo las puertas de la cámara de la reina; a la izquierda una puerta lateral que conduce a la habitación de MONALDESCHI.

Escena I

MONALDESCHI saliendo de la habitación de la reina: PAULA apoyada contra la puerta de la de Monaldeschi.

MONALDESCHI. -¿Otra vez?

PAULA. -¡Siempre!

MONALDESCHI. -¡Paula!

PAULA. -¡Monaldeschi!

MONALDESCHI. -¿Por qué me persigues con tanta obstinación..., habla..., di..., ¿qué quieres de mí?

PAULA. -Nada: soy el remordimiento con que el cielo amarga tus placeres; la pesadilla que atormenta tus sueños, y la voz que te dice «¡Desgracia!...», cuando despiertas.

MONALDESCHI. -Tres años hace ya que sufro tu demencia, y me parece que es bastante sufrir.

PAULA. -¡Nunca será bastante!, porque hasta cuando Dios te llame el día del juicio, y pidas misericordia, te diré. ¡Estoy aquí!

MONALDESCHI. (Después de reflexionar un momento se acerca a ella.) -¡Bien! ¿Quieres ser feliz, Paula?

PAULA. -¿Si quiero ser feliz?, esa pregunta en tus labios es una ironía cruel; y yo he padecido tanto, que la felicidad ya no es para mí más que una palabra olvidada. Cuando el lento infortunio ha descarnado nuestras mejillas, y surcado nuestro corazón, no podemos sacudirle con la facilidad que sacude un viagero el polvo de sus vestidos. Habla sin embargo.

MONALDESCHI. -Paula, yo aborrezco el estado de esclavitud en que me encuentro; mi rostro no puede soportar por más tiempo la máscara que le cubre, y el porvenir que entreveo me abruma ya con su enorme peso; Cristina está cansada de llevar una vida sosegada, y no puede perdonarme el imperio que en ella ejerzo. Una palabra amarga, una

mirada irritada alarman mi amor, que su corazón rechaza, y para sustraerme a su propio anatema hace recaer sobre mí el desprecio que sobre ella pesa; y hasta me acusa de faltas que no he cometido, por olvidar las suyas y sofocar los remordimientos que la atormentan. ¡Ah!, ¡bien dijo el anciano Oxenstiern, que algún día echaría de menos en su frente la corona y en sus manos el cetro!... ¿Sabes tú de qué se ocupa ahora en la fastidiosa situación que ella misma se ha creado? Empañando su porvenir con una mancha inmortal, conspira sordamente para recobrar un trono que con tanta imprudencia abandonó.

PAULA. (Con indiferencia.) -¿Y qué me importan a mí los debates de un imperio?

MONALDESCHI. -Pero a mí me importan mucho; y no puedo mirar con indiferencia quién gana o quién pierde la partida, siendo reyes los jugadores. He visto y tocado el trono muy de cerca para que pueda alejarme de él sin experimentar eternos pesares.

PAULA. -Pero debes estar contento toda vez que Cristina intenta volverse a sentar en él.

MONALDESCHI. -Dos cosas pueden suceder... Si Carlos-Gustavo descubre que se conspira, el complot se malogra; si este es conducido con el arte que Cristina posee, la ex-reina de Suecia volverá a ocupar el trono de sus mayores. Si Gustavo sale vencedor, como yo habré conspirado, puedo contar con un destierro eterno. Si triunfa Cristina, empañada como está en perderme, adivino que me espera la suerte de la Gardie... Pero todo lo he previsto; como Magnus debe ser enemigo mortal de la que le humilló, le he escrito una carta en la que le anuncio detalladamente la insensata esperanza que Cristina ha concebido, y en ella pido al rey un asilo en la corte de Stockolmo. Por tan señalado servicio, lo menos que por mí puede hacer, es colocarme otra vez en mi antigua esfera. La Gardie está encargado de arreglar con él lo que los dos pedimos, y hoy o mañana debo recibir su contestación.

PAULA. -Bien decíais que la partida os interesaba mucho, porque se atraviesa nada menos que vuestra cabeza.

MONALDESCHI. -He tomado bien mis medidas para no ser sorprendido. Vendrá una carta dirigida a Cristina; pero acusará a Sentinelli. Yo saldré dentro de poco de Fontainebleau, y una vez fuera, poco me importa que Sentinelli viva o muera.

PAULA. -¿Y con qué objeto me confiáis tan gran secreto?

MONALDESCHI. -Necesito una persona que me comprenda con una mirada, y que cuando sea tiempo vaya a buscar los caballos que de aquí deben alejarme, sin que su larga ausencia pueda infundir sospechas. Marcharemos los dos, y libre ya de la presencia de Cristina, mi amor y mi agradecimiento te harán olvidar tus tormentos. Me encontrarás el mismo que en otro tiempo...

PAULA. (Mirándole.) -¡Mientes!... Mas no importa; mi destino está encadenado al tuyo para siempre. Cuenta conmigo.

MONALDESCHI. (Con alegría.) -Paula, la mitad de mis bienes son tuyos.

PAULA. (Rechazándole.) -Os tengo lástima.

## Escena II

Dichos, STEINBERG dando el brazo a EBBA, SENTINELLI por el lado opuesto.

SENTINELLI. -¿He caído en falta, señor de Steinberg? ¿Ha preguntado por mí la reina?

STEINBERG. -No.

EBBA. -Nuestra soberana descansa todavía; esta noche pasada, como recordaréis, ha recibido a su consumado teólogo, con quien ha estado argumentando hasta las dos de la madrugada sobre el culto de los magos.

MONALDESCHI. -¡Es una diversión bastante agradable!

EBBA. -Sí, hablaban en latín.

MONALDESCHI. -A mí me ha sorprendido el discurso de la reina.

SENTINELLI. -¿Qué decís, señora?... ¡Un cortesano! Esos caballeros nacen con el don de poseer toda clase de idiomas. Y si por casualidad sucede algunas veces que ciertas palabras pronunciadas con viveza intimidan a alguno de ellos hasta el extremo de buscar en vano en qué lengua se habla en aquel momento, no creáis que por eso se confunda, hace mil desatinados esfuerzos, se humilla, se arrastra, y contesta...

MONALDESCHI. -Señor conde, pudiera quejarme de vuestras palabras.

SENTINELLI. -¿A quién?

MONALDESCHI. -A la reina.

SENTINELLI. -Señor marqués, cuando algunas palabras me ofenden, tengo también mi confidente a quien quejarme.

MONALDESCHI. -¿Quién es?

SENTINELLI. -Mi espada.

## Escena III

Dichos, CRISTINA, un ugiar anunciando a la reina.

CRISTINA. -¿Qué tarde me he levado! ¡Ah!, creo preferible la muerte a la vida monótona que llevo.

MONALDESCHI. -Estabais, señora, entregada al sueño de la gloria, y después de una victoria es muy agradable el descanso.

CRISTINA. -¿Qué dice nuestro caballero mayor?

MONALDESCHI. -Alude al combate que habéis sostenido ayer, a la confusión que experimentó el sabio cuando os vio resolver el problema, encontrándose con quien sabía más que él.

CRISTINA. -Se quedó sin saber qué contestar, pero dejemos eso a un lado. ¿Tenéis que presentarme a alguno esta mañana, marqués?

MONALDESCHI. -Sí, señora, a dos franceses; un fatuo y un poeta que, admiradores de vuestro talento, desean rendiros homenaje.

CRISTINA. -Avisadles que durante el tocador juzgará Cristina sus opuestos talentos, y que hablaremos de modas y de versos. (Vase MONALDESCHI: a SENTINELLI.) Señor comandante de nuestra guardia armada, compuesta de doce soldados, decid a los dos oficiales que forman nuestro estado mayor, que nos dignamos recibirlos. (Vase SENTINELLI.) Tú, querida Ebba, tómate el trabajo de cargar de alhajas la frente de tu ex-reina; elégalas tú misma, porque a mí me fastidian esas pequeñeces.

EBBA. -En otra ocasión encontraron mejor acogida en vuestra alma. Recordad el afán y gusto con que os vestisteis cuando tomasteis el nombre de conde de Dohna.

CRISTINA. -Entonces no eran vestidos de mujer. Dios había creado mi alma para otro sexo; y yo sentía que debajo del traje de conde era más libre mi voluntad y más altivo mi corazón. Tal vez os acordaréis como yo, Steinberg, del placer que visteis brillar en mis ojos cuando salté alegre y ligera el arroyo cuyo curso ha marcado el límite que la Suecia había prescrito en otro tiempo a Dinamarca, y cuando en un arrebató de alegría exclamé: ¡adiós para siempre, tierra y cielo que aborrezco!... Pues habéis de saber que debajo del puro cielo de Francia y de Italia he echado muchas veces de menos aquel aire frío, aquel cielo opaco, aquellos helados horizontes en los que se pierden cien montañas aglomeradas unas encima de otras, aquellos seculares tejos que el invierno asedia con sus hielos, y que parecen gigantes embozados en capas de nieve, y aquellos trineos que en mis sueños veo aún deslizar rápidamente como un relámpago. ¡Oh!, ¡es tan fuerte el poder que ejercen en nuestra alma los recuerdos de la infancia y de la patria! (Se queda meditando. De repente dice.) Pero tranquilizaos, pronto volveremos a ver nuestra Suecia. Ebba, pedid mis diamantes; nuestros fríbolos cortesanos están aguardando; el templo va a abrirse para ellos, y es preciso adornar el ídolo.

#### Escena IV

Dichos, MONALDESCHI, SENTINELLI, CORNEILLE, LA CALPRENEDE, dos oficiales, el secretario GALDEMBLARD, PAULA en el foro, dos doncellas al tocador de la reina.

CRISTINA. -Acercaos, señores; tengo mucho gusto en veros; vuestra patria ha sido para mí muy hospitalaria, nunca lo olvidaré, y quisiera poderos recibir como ella me recibió a mí.

CALPRENEDE. -Yo, señora, caballero profano, y poeta indigno, vengo cual otro Cirus a la corte de Mandano, no atreviéndome a mirar vuestra frente gloriosa, por temor de que su brillantez deslumbre mis ojos.

CRISTINA. -La brillantez de mi frente no deslumbra a nadie desde que ha perdido su real diadema.

CALPRENEDE. -Señora, esa frente, en la que el cielo imprimió la grandeza, aunque ha perdido la diadema, ha conservado todo su esplendor.

CRISTINA. -Yo opino lo contrario. (A CORNEILLE.) ¿Y vos qué leéis en mi frente?

CORNEILLE. -Talento.

CRISTINA. -¡Oh!, acepto vuestra opinión. (A MONALDESCHI.) Ya veis, marqués, esto es la sombra de una corte, el croquis de Stockolmo.

MONALDESCHI. -No por haber abdicado la grandeza soberana, habéis dejado, señora, de reinar en todos los corazones; las artes acorren en pos de su ilustre protectora.

CRISTINA. -Es una corte formal, Ebba, porque tenemos aduladores. Hay que perdonárselo a Monaldeschi, es un defecto que ha adquirido en el profundo estudio que del arte del cortesano ha hecho. (A LA CALPRENEDE.) Si no estoy equivocaba brillabais entre los grandes talentos del palacio Rambonillet; ¡oh!, allí se reunía la flor y nata de la literatura francesa.

CALPRENEDE. -Sin que sea jactancia puedo decir con orgullo que ocupaba entre ellos un lugar distinguido. Mis obras pueden ser leídas, y citadas a la par que las tuyas; y mis novelas sobre todo han encontrado una acogida brillante en el público que ha deborado a Casandra y a Cleopatra. Perdonad, si manifiesto tenerlas en alguna estima, sería el único que no las alabase.



CRISTINA. -¡Cómo!, ¿sois el autor de Cleopatra?... Luego ¿poseemos al señor Calprenede?

CALPRENEDE. -¿Conocéis mi nombre?

CRISTINA. -¿Y quién no le conoce? (A CORNEILLE.) ¿Y vos cómo os llamáis?

CORNEILLE. -Corneille.

CRISTINA. (Levantándose.) -¡Corneille!... (A su comitiva.) Inclinaos delante de ese antiguo romano. (Acercándose a él.) ¿Dispensadme el honor de besarme mano? ¿Qué guerrero, qué rey reanima ahora vuestra musa con su mágico aliento? Muy grandes son los rasgos que su mano dibujó, y no comprendo qué se puede hacer después del Cid y de Horacio.

CORNEILLE. (Con modestia.) -Cinna.

CRISTINA. -¿Qué argumento es ese?

CORNEILLE. -Con más propiedad acaso pudiera llamarse La clemencia de Augusto.

CRISTINA. -Es asunto que debe ofrecer bastantes escollos; pero no dudo que saldréis airoso de la empresa.

MONALDESCHI. -Pues yo aseguro que esa obra la valdrá un nuevo lauro.

CORNEILLE. -Caballero.

CRISTINA. -¡Oh!, no le hagáis caso, es un mal incurable. Como buen cortesano cree debe sudar cuando yo tengo calor, y temblar cuando yo tengo frío. (Mirando su corona.) ¿Pero qué veo?, no es esta mi corona.

EBBA. -Perdonad, señora, si equivocadamente...

CRISTINA. (Cojiéndola.) -En efecto, ella es. ¿Mirad, señores, conocéis esto?

CORNEILLE. -Para vos, señora, como para todo sabio no es más que un conjunto de oro y de diamantes; pero en ella adora el hombre el sello de las grandezas.

CRISTINA. (Echándola a un lado.) -Es un juguete real, que me encontré en mi cuna.

MONALDESCHI. -Pero delante de ese juguete que despreciáis, señora, nos humillamos nosotros.

CRISTINA. -Lo creo, vale dos millones. (Levantándose.) Disimulad, señores, si el cuidado de despacha mi correspondencia me obliga a suspender la audiencia.

CALPRENEDE. -Antes de que termine debo deciros que he compuesto a V. M. un soneto.

CRISTINA. -Ponedle en limpio en papel vitela, y enviádmelo atado con una cinta color de rosa. (A CORNEILLE.) Hubiera tenido mucho gusto en recibirlos esta noche otra vez, pero he dado palabra a mi alquimista de bajar a su laboratorio. Me ha convertido ya mucho oro en ceniza, pero hoy al fin me ha asegurado que cuadruplicará mis riquezas convirtiendo otra vez en oro la ceniza. Bien conoceréis que debo presenciar un experimento en que la naturaleza va a ceder a la ciencia. Pero volved mañana, y me leeréis Cinna sin que ningún oportuno nos interrumpa. (A su secretario.) Galdemblad, renuncio a vuestro ministerio; por hoy será el marqués mi secretario. Acompañad a esos señores, Monaldeschi, y volved. (A GALDEMBLAD.) La correspondencia. (Se la da GALDEMBLAD.) Retiraos.

Escena V

CRISTINA, a poco MONALDESCHI.

CRISTINA. (Abriendo la cartera.) -Roma, París, Berlín, Stockolmo y Londres. Primero Stockolmo. (Buscando la firma.) Terlon. (Leyendo.) «Puedo responder de todo; nuestro complot promete el más feliz resultado, y sólo se espera vuestras órdenes para que estalle.» -¡Bien!, ya estoy en la aurora de mi nuevo reinado. (Viendo otra carta.) ¿Otra carta de Stockolmo? (Mirando el sobre.) Es para Sentinelli; ese sello, esas armas..., son las de La Gardie. Luego me han estado ocultando que el capitán de mis guardias estaba de inteligencia con ese enemigo que mi venganza desterró. ¿Qué pueden escribirse? Lo sabré. Esta carta se abrirá a mi vista, la entregaré por mi mano. (Ocultando la carta dirigida a SENTINELLI, y dando a MONALDESCHI que entra la de Terlon.) Alguien viene. Sois vos, marqués; leed, os interesa, porque estoy persuadida de vuestra amistad.

MONALDESCHI. (Después de haberla leído.) -Es muy grata para mi corazón la esperanza que Terlon os da. Y sin embargo, ¿quién me asegura que después de haberos sentado en el trono, os dignaréis...?

CRISTINA. -Descansad en mi fe, marqués...

MONALDESCHI. -¿Y no hay nada para mí?

CRISTINA. -Nada, veamos qué dicen de Roma. (Abriendo una carta.) Es el Santo Padre. Leedla y contestad, que deseo que cumpla en paz su santa misión, y pedidle para mí su bendición.

MONALDESCHI. (Escribiendo.) -Sí, señora.

CRISTINA. -(Sigue abriendo cartas.) De Luis. Leamos. Me invita a que vaya a París: le visitaré, pero no podré detenerme lo bastante para asistir al sarao en que debe bailar. Berlín:

es de Leibnitz, me propondrá algún nuevo problema, le examinaré, y contestaré yo.  
Londres: John Milton. ¡Ah!, ese es el secretario privado de lord Protector, un doctor muy sabio. Quisiera visitar la Inglaterra ocultando mis proyectos. Pero mucho dudo que se me permita cumplir mis deseos. Debiera enviar un regalo a Cromwell, y no sé cuál. Seguiré escribiéndole; temo su política, y tanto más cuanto que a mi condición de reina reúno la de ser católica. Sin embargo, debo guardar buenas relaciones con él, porque como su poder es grande, le necesito. Es un tirano popular de una nación que él llama libre; con su peso mantiene el equilibrio Europeo, arroja a los soberanos, que tiene aterrados, una cabeza real, cual si fuera un cartel de desafío; sabe convertir, probándose la corona de Carlos, el trono en cadalso, y el cadalso en trono, y para que un mismo objeto pueda servir siempre, no cambia más que el color del terciopelo.

MONALDESCHI. (Se levanta, y alarga a CRISTINA la carta que acaba de escribir.) - He concluido, señora. No sé si el escrito os gustará, leed.

CRISTINA. (Firmando sin leer.) -No, no: es inútil. ¡Ah! En mi gabinete he dejado el sello real.

MONALDESCHI. -Le tendréis al instante.

(Vase.)

## Escena VI

CRISTINA sola.

¡El sello real!, ¡el sello real!, en otro tiempo inspiraba respeto al mundo, y le infundía temor. Ahora debiera hacer grabar en él una aguja al lado de un uso. En el camino de los reyes el olvido cubre mi huella; mi nombre se pierde en el espacio, como un vano rumor; ya no es más que un eco repetido por el eco; y asisto viva a la posteridad. Creí que el mundo se ocuparía mucho tiempo de mi abdicación, y me equivoqué. Pero aún puedo conseguir otro objeto, quiero conquistar otra vez el imperio que abandoné. Recobraré mi corona del mismo modo que la di, y se dirá que tuve capricho por el trono. (Cogiendo la corona.) ¡Es posible que este débil peso haya fatigado mi frente, y que hay sufrido la humillación de ceder el puesto a otro adorno! (Colocándosela en la cabeza, y mirándose en el espejo.) Y sin embargo, me sentaba bien esta brillante diadema! Me acuerdo del día en que el poder supremo pasó a mis manos de las de la regencia, en que delante de mi poder todo poder se disipó. ¡Ah!, pronto volveré a ver por la trigésima vez el aniversario de tan fausto día. (MONALDESCHI entra.) Pueblo, senado, ejército, todos en fin inclinados en mi presencia, juran reconocerme y obedecer mis órdenes. Sentada en un trono de plata acojo sus homenajes; me comprometo a respetar sus derechos; y un grito de amor contesta a este solemne juramento... (Viendo a MONALDESCHI.) ¡Gran Dios! ¡Monaldeschi! (Quitándose la corona y colocándola en cima de la carta que acaba de escribir al Protector.) De mi parte a Cromwell.

Acto cuarto

Un peristilo, dos puertas grandes en el foro.

Escena I

MONALDESCHI saliendo del gabinete de la reina, a poco SENTINELLI.

MONALDESCHI. -Todo sale a medida de mis deseos, y la reina que nada sospecha está preparando mis credenciales para Cromwell: aquí debo esperarla. Saldré de Francia en clase de embajador, y no fugitivo como había pensado. (Volviéndose.) Alguien viene: es Sentinelli.

SENTINELLI. -¿Es cierto que os dignáis aceptar el puesto de embajador cerca de milord Protector?

MONALDESCHI. -Me honro con ese título.

SENTINELLI. -Os doy el parabién; pero procurad volver cuanto antes a Fontainebleau.

MONALDESCHI. -¿Y por qué?

SENTINELLI. -¿No sospecháis que pueda quedar en esta corte alguna persona que a fuerza de obsequios y fina complacencia, haga olvidar a la reina vuestra ausencia?

MONALDESCHI. -Cuando yo me haya separado de Cristina, podrá presentarse aquél a quien yo desbanqué.

SENTINELLI. -Bien mirado debéis estar tranquilo, porque, quien quiera que sea ese fiel servidor, nunca podrá copiar exactamente su modelo. ¿Sabrá por ventura recoger el abanico o presentar el guante con la elegancia que vos? ¿Arreglar todas las menudencias de una ceremonia, y en fin presentar a la reina el corcel, y hacer con su mano un estribo con la soltura y buen gusto que tanto os distinguen? Por lo que a mí hace reconozco desde luego mi inutilidad.

MONALDESCHI. -¡Oh!, tenéis formada de vos muy equivocada opinión, pues cuando yo obtuve el favor, no fue sin que me la disputaseis, haciendo valer esos mismos derechos que ahora fingís ignorar.

SENTINELLI. -Es cierto; pero la reina, haciendo justicia a entrambos, os nombró a vos caballero mayor, y a mí capitán de sus guardias. Ambos le damos pruebas de nuestro afecto en el desempeño de nuestro respectivo deber: el vuestro os consagra a divertir a S. M.: el mío me impone obligaciones que hacen resaltar menos mi celo; y cuando por mandato de nuestra soberana marchó a la guerra, peleé en los caballos que vos me ensilláis.

MONALDESCHI. -Si preciso fuese, sabría probar que mi ministerio se extiende más allá de lo que decís.

SENTINELLI. -¡Tanto mejor, marqués, tanto mejor!, porque no está lejos el día en que la reina necesitará a todos sus amigos; y entonces se verá quién de los dos se queda atrás, quién de los dos teme más por su vida, y quién de los dos cumple mejor sus juramentos.

MONALDESCHI. -Los vuestros tendrán necesidad de tan solemne prueba, porque muy pronto los empañará alguna ligera nube.

SENTINELLI. -Explicaos.

MONALDESCHI. -La reina lo hará por mí cuando llegue el caso.

## Escena II

Dichos, CRISTINA, PAULA con la carta para CROMWELL.

CRISTINA. -Respetando mi real presencia habéis contenido hasta ahora el odio que os tenéis, y si algunas veces sorprendía vuestras amenazadoras miradas, os dignabais al menos sofocar vuestros acentos; ¿pero me pondréis en la necesidad de enviar al uno a Inglaterra, y al otro a Suecia para terminar tan obstinada guerra?

SENTINELLI. -El uno ha consentido ya en ese destierro, y el otro sólo aguarda a que vos habléis para saber si debe quedarse o marchar.

CRISTINA. -El marqués no va desterrado: le confío poderosos intereses, y antes de que se marche pienso darle una prueba de que conserva todo mi favor. Volved esta noche, Monaldeschi, y mi última audiencia os dará una nueva garantía de mi confianza. Permito que Pablo os acompañe.

PAULA. -Estoy pronto.

(Vanse PAULA y MONALDESCHI.)

### Escena III

CRISTINA, SENTINELLI.

CRISTINA. -¿Según veo, conde, es muy dulce el título de desterrado?

SENTINELLI. -¿Por qué?

CRISTINA. -Cuando uno se ofrece a tomarle es porque en conciencia se cree con derecho para pretenderle, y porque calculando el peligro de algún fallo, recibiría el destierro como especial favor.

SENTINELLI. -Antes de aceptar cualquier favor, señora, quiero saber por qué se me concede; y al mismo tiempo mi corazón es demasiado orgulloso para admitir menos de lo que he merecido.

CRISTINA. -Seré justa, pero no sé aún qué recompensa merecen unos servicios que ignoro. Este pliego que ha llegado a mis manos me los indicará tal vez si tenéis a bien manifestarme su contenido.

SENTINELLI. -¿Y por qué ha esperado la reina mi consentimiento para saber lo que por sí sola podía descubrir? Esa carta ha sido por vos sorprendida y debíais abrirla.

CRISTINA. -No me conocéis, conde, si me juzgáis capaz de querer penetrar vuestros secretos faltando al sagrado de la correspondencia. A pesar de que he visto en ella con algún sobresalto las armas del traidor La Gardie, y a pesar de que he creído que contenía alguna traición, he resuelto sin embargo que la abrieseis vos, y la abriréis aun cuando de ello resultase mi perdición. Abridla, y si después de haberla leído os dignáis enseñármela, complaceréis en extremo a vuestra reina.

SENTINELLI. -En efecto anuncia una noticia bastante estraña; revela un complot, contra vos tramado... Sólo os habéis equivocado, señora, en el nombre de su autor. Leed.

CRISTINA. -¡Monaldeschi!... ¿Y quién me asegura que no es un lazo para perder un ribal?

SENTINELLI. -Leed; él mismo se acusa al conde La Gardie.

CRISTINA. (Leyendo.) -«SEÑOR CONDE:

»Imperiosos motivos me obligan a abandonar el servicio de la reina Cristina, y a retirarme a Suecia bajo la protección del rey Carlos-Gustavo; he pensado que el mejor medio de asegurármela era revelarles el complot que contra él trama la reina: dignaos pues entregarle las adjuntas cartas, que son otras tantas copias de las que ella ha escrito a los príncipes que deben ayudarle a llevar a cabo su proyecto. Si conociese un hombre que tuviese más motivos de queja de la reina que vos, a él me dirigiría. A fin de alejar toda sospecha, y de evitar toda sorpresa, he creído que el medio más seguro de avisarme que

habéis admitido, y desempeñado la comisión que os confío, es escribir a Cristina acusando de la revelación que os hago, a nuestro enemigo común, el conde de Sentinelli. -Con una sola palabra que la reina me diga, sabré si debe retirarme bajo la protección de nuestro augusto amo el rey Carlos-Gustavo.

»El marqués, JUAN DE MONALDESCHI.

»FONTAINEBLEAU 5 DE OCTUBRE DE 1657.»

¡Y es mi enemigo el que me revela la traición de mi amigo! ¡Me salva el que yo desterré!... Sin embargo estaba interesado en ocultarme este misterio, porque Carlos-Gustavo le ha colmado de honores.

SENTINELLI. -Pero Carlos-Gustavo está próximo a morir como me lo anuncia el mismo La Gardie, escuchad: (Leyendo.) «Os envío, señor conde, la prueba de un horroroso complot tramado contra nuestra reina, y contra vos que sois uno de sus más fieles servidores. Reclamo de vos por toda recompensa que hagáis entender a la reina que a mí me debe esta revelación; tal vez se convencerá del pesar que experimento or haber incurrido en desgracia. En cuanto al momento, no podía elegir uno más favorable. El rey se ha roto una pierna al caer de su caballo, y los médicos le han desauciado.

»EL CONDE MAGNUS DE LA GARDIE.»

CRISTINA. -Ya comprendo; Magnus ve que la vida del rey toca a su término, y como buen cortesano presta ya juramento de fidelidad a su reina futura. El sol de Gustavo llega a su ocaso, y espera un rayo del sol de Cristina. Por lo que a Monaldeschi hace le ocultaré que conozco su traición, porque quiero que él mismo dicte su sentencia; tendrá que someterse a ella, y sólo ejecutaremos lo que él prescriba. (Señalando a SENTINELLI su gabinete.) Desde el gabinete podréis oír nuestra conversación; no perdáis ni olvidéis una sola palabra de ella. (SENTINELLI entra en el gabinete.) ¡Hola!

(Entra un CRIADO.)

CRISTINA. -Diles al instante que la reina los aguarda aquí a los tres.

CRIADO. -Señora, V. M. no me ha dicho...

CRISTINA. -Tienes razón: mi gentil-hombre, mi dama de honor, y ese italiano que se titula hombre, ese italiano a quien he hecho marqués y caballero mayor (Vase el CRIADO) y que tan mal corresponde a mis beneficios. ¡Hola! (Entra otro CRIADO.) Gultiero, corre a la abadía de los trinitarios, no pierdas un momento, pregunta por el padre Lebel, y dile de mi parte que se digne venir al momento a palacio. Avísame cuando llegue. No te detengas. (Vase GULTIERO.) ¿Oís bien lo que habla, Sentinelli?

SENTINELLI. -Sí, señora.

CRISTINA. -¡Mucho tardan! ¿Tanto tiempo se necesita para avisar a tres personas? ¡Ya los oigo venir!

Escena IV

Dichos, EBBA, y a poco STEINBERG, MONALDESCHI, y PAULA.

CRISTINA. (A EBBA.) -¿Vienes sola, Ebba?

EBBA. -Sola.

CRISTINA. -Me alegro, escucha: tengo algunas sospechas de uno de mis servidores; y quiero sondear su alma acusando a todos los que me rodean, por consiguiente date por avisado de que cuanto diga nada irá dirigido contra ti.

EBBA. -Los beneficios de que vuestra bondad nos ha colmados salen garantes de nuestra fidelidad.

MONALDESCHI. (Entrando con STEINBERG y PAULA.) -¡Nuestra fidelidad!..., ¿supongo que la reina no dudará de ella?

CRISTINA. -No, pero no alcanzo cómo puedan ser conocidos en Stockolmo con todos sus detalles unos pensamientos, y unos secretos que sólo he confiado a amigos sinceros, y cuya importancia debían haber apreciado en su justo valor.

MONALDESCHI. (Mirando a PAULA.) -¡Ah!...

CRISTINA. -Pero como aún ignoro quién sea el autor de la traición que sospecho, no acuso a nadie.

MONALDESCHI. (A PAULA.) -La Gardie ha hablado.

CRISTINA. (Continuando.) -Mas debo creer que se halla entre mis amigos, y vosotros os contáis en el corto número de ellos.

STEINBERG. (Señalando a EBBA.) -Supongo, señora, que no habréis sospechado un momento de la inocencia de mi esposa; y en cuanto a mí, creo me conocéis demasiado...

MONALDESCHI. -La inocencia se espresa con es acento de verdad. No, no se os cree culpable de tal crimen; y tal vez podría yo guiar a la reina..., pero acusar a un ausente...

CRISTINA. -¿A un ausente decís? ¡Indudablemente os inspira, marqués el aprecio que me profesáis! Yo también tengo mis sospechas acerca del verdadero culpable; Sentinelli...



MONALDESCHI. (Con viveza.) -Habéis pronunciado su nombre: él es el traidor, y el tiempo lo descubrirá. Pero una vez probado su delito no debéis dar oídos a la clemencia, no debéis perdonar jamás tan sangrienta injuria.

CRISTINA. -¡Me complace mucho, marqués, el ver cuán desagradable efecto os causa el ultraje que se me he hecho! -¿Y qué merece el autor de tan negra bastardía?

MONALDESCHI. (Vacilando.) -Merece...

CRISTINA. -Hablad más alto.

MONALDESCHI. -El miserable que se ha hecho culpable de alta traición para con su rey, sin que le sirva de disculpa el haber sido engañado, merece la muerte sin compasión, ni perdón.

CRISTINA. -¡La muerte!... ¿Y puede acaso vengar sus ultrajes una reina espatriada en un país que no tiene jueces, ni verdugos?... ¿Decid, si yo le condenase le mataríais vos?

MONALDESCHI. -Os ofrezco ejecutar la sentencia si Sentinelli es culpable; y si yo lo fuese le aceptaría a él en justo cambio por juez y verdugo.

CRISTINA. -Ya que vos habéis indicado la pena, yo os doy mi real palabra de que el infame que ha cometido tan bastarda villanía no obtendrá de mí compasión, ni perdón. Dejadme.

(Entra en el gabinete en que está oculto SENTINELLI.)

PAULA. -¿Marcharemos, marqués?

MONALDESCHI. -Sí, toma un caballo, y espérame a la puerta del jardín.

(Vase con PAULA.)

CRISTINA. (Entrando con SENTINELLI.) -¡Os le entrego!... Dentro de una hora a lo más debe haber dejado de existir.

(Vase.)

Escena V

SENTINELLI, CLAUTER, LANDINI.

SENTINELLI. (Llamando a los dos soldados que están de centinela a la puerta.) -Hola, acercaos. Por falta de verdugo y de cadalso se necesita que segunden mi espada otras dos,

cuyas hojas hábilmente templadas se adaptan para el caso a dos vigorosos brazos. (Dando encima de la vaina de sus espadas.) ¿Seré tan feliz que las haya encontrado ya? A ver, contestad.

CLAUTER. -Eso según, capitán: ¿con qué intención?...

SENTINELLI. -El hecho es el siguiente: la reina ha descubierto un traidor entre sus servidores, y quiere deshacerse de él. Yo estoy encargado de terminar el negocio.

LANDINI. -¡Es un asesinato lo que se nos propone!

CLAUTER. -¡Demonio!, ¡un asesinato!

SENTINELLI. -¡Oh!, nada de eso; egecutaremos una sentencia. ¿Comprendéis?

LANDINI. -¡Y tanto!, como que podéis dirigiros a otro; no contéis conmigo.

CLAUTER. -Ni conmigo.

SENTINELLI. -¿Os habéis vuelto cobardes?

CLAUTER. -No, pero rehusamos.

SENTINELLI. -¿Rehusáis?

LANDINI. -Sí.

SENTINELLI. -¡Y tú también, Landini, el famoso duelista! Advierte que sólo se trata de añadir otro triunfo a los muchos que ya cuentas.

LANDINI. -¡Oh!, no es el mismo caso, mi capitán.

SENTINELLI. -Ya se ve que no, tú despachas a una hombre gratis, y yo te ofrezco cien ducados por una estocada en regla.

LANDINI. -El oro que el asesino recibe por su salario está maldecido, y nunca tiene buen fin.

SENTINELLI. -¿Por lo visto he hecho mal en contar con vosotros? Vamos, reflexionadlo bien.

CLAUTER. -Está decidido; no podemos...

SENTINELLI. -Llamad a Mandeville.

LANDINI. -¿Cómo?

SENTINELLI. -Será más dócil, tendrá menos escrúpulos, y se encargará de buscar un compañero.

LANDINI. (A CLAUTER.) -Sabes qué digo; que se está decidido que muera, pienso que podemos ganar también como Mandeville la recompensa.

CLAUTER. -Ya se ve que sí, y yo no sufriré nunca que ese condenado toque cien ducados en detrimento mío.

LANDINI. -Vamos a ver, capitán; ¿está decidido que debe morir?

SENTINELLI. -Irremisiblemente.

LANDINI. -¿Y no le queda ninguna esperanza de vida?

SENTINELLI. -Ninguna.

CLAUTER. -Hemos mudado de parecer.

SENTINELLI. -¿Aceptáis?

LOS DOS. -Sí.

SENTINELLI. -Bien.

CLAUTER. (A LANDINI.) -A propósito, se nos ha olvidado preguntar su nombre.

SENTINELLI. -Monaldeschi.

LANDINI. -A ese hombre le tengo miedo, capitán; cuenta con muchos amigos en Roma.

SENTINELLI. -Tendréis cien ducados y la absolución.

LANDINI. -Un ducado creo que vale cuatro libras diez sueldos, y cien ducados hacen cuatrocientas...

CLAUTER. -No te calientes la cabeza ahora, cuando recibamos la suma, que es bastante considerable, lo calcularemos con más facilidad, ¿respondéis de las cuatrocientas, capitán?

SENTINELLI. -Respondo.

CLAUTER. - ¿Se nos perseguirá?

SENTINELLI. -De ningún modo, y cien ducados...

CLAUTER. -Lo dicho, contad con nosotros...

SENTINELLI. -Yo me encargaré de prenderle. Colocaos vosotros aquí. (Los coloca a cada lado de la puerta. Sacando la espalda y doblándola.) Vamos, mi fiel compañera, probémosle que estás templada en Toledo. Muchas veces me has salvado la vida; no me hagas traición hoy, que es cuando más te necesito.

(Entra en el cuarto de Monaldeschi.)

## Escena VI

CLAUTER y LANDINI a cada lado de la puerta; el padre LEBEL y GULTIERO se presentan para entrar.

CLAUTER. -Atrás.

GULTIERO. -Tengo contra-orden par él solo.

LANDINI. -Que pase.

LEBEL. (Entrando en el cuarto de la reina.) -La paz de Dios sea con vosotros, hermanos.

LANDINI. (Señalando al padre LEBEL.) -Ese está en el secreto.

CLAUTER. -¿Quieres jugar tu parte? Si pierdo te cedo mis derechos.

LANDINI. -No hay inconveniente. ¿Pero a qué la jugamos?

CLAUTER. -Tengo dados. ¿Quieres que la juguemos de una tirada?

LANDINI. -¡Demonio!, a una tirada es mucho; cien ducados no se encuentran en la calle.

CLAUTER. -Pues no juego. No tendríamos tiempo para más.

LANDINI. -Bien, me conformo; te cedo la mano; juega. (CLAUTER menca los dados. LANDINI le detiene la mano.) ¡Silencio!..., ¡escucha!..., ¡me he engañado!

CLAUTER. -¡Cinco! -¡Maldito sea el juego! Te doy la cuarta sino tiras.

LANDINI. -¿Qué más querías tú?

CLAUTER. (LANDINI saca cuatro.) -Despacha. -¡Cuatro!

LANDINI. -¡Aguarda!, ¡aguarda!

CLAUTER. -No crecen; uno y tres cuatro.

LANDINI. -¡Estos dados están maldecidos!, cien veces seguidas habría ganado: mira..., diez.

CLAUTER. -¿Eso quién lo duda?, pero has perdido, y como sabes, las deudas del juego son sagradas.

LANDINI. -No hables tan alto. -Aún no tienes tu parte, y yo he perdido ya el precio de una sangre que todavía está caliente.

CLAUTER. -Alguien viene. -Estemos prevenidos. Me debes cien ducados.

LANDINI. -(Con voz sombría.) ¡Maldito sea el juego!... Y le he de matar gratis!... ¡Bien mirado es una infamia dar por amor de Dios un golpe que condena nuestra alma!

## Escena VII

Dichos a cada lado de la puerta. SENTINELLI saliendo de la habitación de MONALDESCHI.

SENTINELLI. -Hemos perdido mucho tiempo, y el traidor hace rato que ha salido. (Con furor.) ¡Oh!, y si no volviese, ¡cómo me vengaría!..., pero no, él mismo ha preparado el lazo..., todo lo tiene dispuesto en su habitación para escaparse al menor acontecimiento... Volverá..., y cuando vuelva pasará seguramente por aquí, y yo le saldré al encuentro!... ¡Demasiado tiempo han quedado impunes las afrentas que he sufrido. La maldición del cielo caiga sobre ti!

LEBEL. (Saliendo del cuarto de la reina.) -Recibid mi bendición, hijo mío.

SENTINELLI. (Mirándole cómo se aleja.) -¡Me bendices antes que él muera!, ¿me bendecirás también dentro de una hora? (Dirigiéndose hacia él.) Me asaltan mil crueles dudas, quiero consultarle. (Retrocediendo.) ¡Y si vituperase mi conducta! -Prefiero dudar. Y sin embargo siento aquí, en el alma una voz que me dice sordamente. -¡El asesino es infame!... ¡Si le llamase! -¿Pero soy acaso un asesino? ¿No se le puede aplicar a él con más justicia este dicho? ¿No quería que recayese en mí la sospecha del delito?... Sabía que la muerte reservada al culpable heriría al inocente; ¿y ha vacilado por ventura en ofrecerse a derramar mi sangre? -No. -Tenía sed de ella, y con tal de apagarla habría sido capaz de encargarse del papel de verdugo para ejecutar la sentencia suprema, sin experimentar remordimiento alguno; ¡y sería yo tan débil que los tuviese!... (Mirando a la ventana.) ¡Cuánto tarda en volver!... Mi mano es inocente pues cede al influjo de otra más poderosa. (Señalando a los soldados.) Y no le heriré como esos miserables, por un puñado de oro... (Mirando otra vez a la ventana.) ¡Aún no viene!... ¿Pero por qué trataré de engañarme a mí

mismo? ¿Acaso consiento en herirle para vengar los derechos de la diadema? No; le heriré para que no pueda escapar a los verdugos; para igualar su pena a mi ofensa; para que sufra en un día lo que yo he sufrido en cinco años; para oponer al desprecio con que me abrumó su orgullo, la hoja de mi acero... (Mirando.) ¡Allí está!... ¿Pero es él? No; sí, sí, mi vista se turba... Él es. Su caballo se acerca a la carrera: está cubierto de blanca espuma; se encabrita..., ¿si habrá olido ya la sangre?... Cede a tu espuela; ya has entrado en este fatal castillo, y no ves en el término del camino a un espectro que te espera con un puñal en la mano! (Mirando.) Pero..., ¿qué hace? Vacila..., se para..., ¿si me habrá visto? -No; sin duda se preparaba..., va..., eso es, -bien; haces lo que yo quiero: apéate del caballo, acarícialo porque te ha traído con mucha rapidez; abandona su brida a un escudero, ¡y dile que hoy ha sentido por última vez el peso de su insolente amo! Otro paso, otro paso, Monaldeschi..., y caes en mi poder... (Asomándose a la ventana.) Va a pisar el umbral -¡bien!..., ya ha puesto un pie en la sepultura..., ¡los dos!..., ¡ah!, ¡mi corazón salta con rapidez, cuando mi seno apenas está agitado!... Sin prever la suerte que le espera sube ya esas gradas que no volverá a bajar vivo, y si después de muerto no experimenta su corazón algún vago terror... (Escuchando.) ¡Dios mío!, ¡el ruido de sus pasos!, ¡corre al término que nadie evita!, ¡le oigo!, ¡le veo! -¡Pronto ha venido!

#### Escena VIII

SENTINELLI, MONALDESCHI; los dos SOLDADOS.

MONALDESCHI. (Entrando.) -¡Sentinelli!

SENTINELLI. -¡Al fin venís! Me sorprende tanta lentitud de parte de mi acusador, pues debía creer de su ardiente celo que procedería a mi interrogatorio sin levantar cabeza.

MONALDESCHI. -¡Sentinelli solo -guardado por dos soldados! ¿Si estará preso?

SENTINELLI. -¿No contestáis, marqués?

MONALDESCHI. -¿Qué queréis que os conteste, conde? Que no creía que tan pronto se hiciese sentir el rigor de la reina... Pero esos soldados.

SENTINELLI. -Preciso es decirlo; esos soldados guardan a un preso.

MONALDESCHI. -No me equivoqué.

SENTINELLI. -Ya sabéis que la reina trata de descubrir a un traidor, y no debéis ignorar que se han cumplido sus deseos: el culpable está preso.

MONALDESCHI. -Lo sé, conde.

SENTINELLI. -En este momento me acaba de decir la reina, que os consultó acerca de la pena que debía imponérsele, y que vos la habías aconsejado que fuese la de muerte.

MONALDESCHI. -Es cierto.

SENTINELLI. -Y me ha dicho también, que llevando en esta ocasión al escaso el amor que la tenéis, os habíais comprometido a ser el ejecutor, tan pronto como se conociese el autor del complot.

MONALDESCHI. -También es cierto.

SENTINELLI. -Y ahora que ya ha sido descubierto el culpable, y que debe sufrir sin remisión, antes de que acabe el día, el castigo que vos le habéis impuesto, ¿seguís en el mismo propósito?

MONALDESCHI. -Sigo.

SENTINELLI. -¿Y seguiréis en él sea cual fuese el acusado?

MONALDESCHI. -Seguiré.

SENTINELLI. -Y en ese delincuente encontrase vuestro corazón un amigo antiguo a quien hubiese alejado de vos, más que la ingratitud, una de esas intrigas tan frecuentes en los palacios de los reyes, ¿podía esperar que un grato recuerdo desviase el puñal asestado contra su pecho?

MONALDESCHI. -No.

SENTINELLI. -¡Y si él mismo procurase, como última esperanza, mitigar el rigor de esta sentencia suprema: si desertando la piedad en vuestra alma os recordase los días de una antigua amistad: si apreciando la vuestra en su corazón os recordase también los tiempos en que vivíais el uno para el otro y en que encontrabais vuestra felicidad con la suya: si alargándote la mano te digese: yo soy ese amigo!

MONALDESCHI. -¡Le apartaría de mí!

SENTINELLI. -¿Y si en los postreros momentos emplease el acento de la santa súplica; si te digere. -Amigo, tú no herirás al hombre a quien tantas veces has estrechado en tus brazos; al hombre a quien veías contento cuando eras feliz, y triste cuando te aquejaba alguna pena; al hombre que te sostenía con un sueño de esperanza, presentándote risueño el porvenir? ¿Y si dejando a un lado los días de adolescencia, te recordase los días más lejanos y más puros de la infancia, que pasaban exentos de amargura y de hiel, en una misma tierra y bajo un mismo cielo; si opusiese a tu odio los poderosos recuerdos de la tierra natal, en la que el día de hoy aparece más puro y más hermoso que el de ayer; en la que el sol que la alumbraba es ligero a la tumba: si te probase que puede burlar a sus verdugos sin perderte, e ir a morir en un rincón del mundo para todos ignorado: si en su amargo dolor

presentase a tu corazón las lágrimas de su madre; te compadecerías de él, cuando le vieses caer a tus pies?

(Se arrodilla a los pies de MONALDESCHI.)

MONALDESCHI. (Llevando la mano al puñal.) -Le cosería a puñaladas.

SENTINELLI. (Levantándose.) -En nombre de nuestra reina infamemente engañada, entregadme vuestra espada, Juan de Monaldeschi. (Los dos soldados prenden a MONALDESCHI.) A este hombre acusado de alta traición le concedo este cuarto por cárcel; y mientras se prepara su muerte vosotros me respondéis de él con vuestras cabezas.

(Los dos soldados llevan a MONALDESCHI a su cuarto. SENTINELLI entra en el de la reina. PAULA aparece en el foro.)

Acto quinto

Salón: una puerta grande lateral que da a la galería de los ciervos. Puerta en el foro.

Escena I

MONALDESCHI sentado al lado de una mesa con la cabeza apoyada en ambas manos. Se levanta de pronto.

Otra vez me he equivocado, nadie viene, y sólo oigo los pasos de los centinelas. (Acercándose a la puerta y escuchando.) Hablan bajo..., los oigo reír..., se reparten oro..., ¿qué significa ese oro en poder de soldados?..., yo también tengo oro..., ¿y si con su poderoso atractivo tentase su fidelidad?..., ¡pero podrían rehusarle y denunciar mi oferta!... Dirían que tengo miedo; ¡miedo!..., hasta el inocente debe disimular cuando tema. (Sonriéndose.) ¡Quiero también que mi semblante lleve el sello de la serenidad que es el de la inocencia! ¡Sé componerle! (Con terror.) ¡Gran Dios!, ¿qué es lo que oigo? (Escuchando.) ¡La reina quiere que muera, y no hay remedio para el marqués!... ¡Oh cielos!..., ¿por dónde huiría?..., ¿esa ventana?..., está a veinte pies del suelo..., pero también es la única salida que me queda; todas las demás están cuidadosamente guardadas. Y si por casualidad llegase ileso al suelo, nada tendría ya que temer, porque ese patio está siempre desierto, mientras que aquí nada bueno puedo esperar de un poder que me odia. (Yendo a la ventana.) Cerraré los ojos al tirarme, (abre la ventana.), de todos modos está decidido que muera... ¡Oh!, ¡mal haya mi suerte!... ¡Hay un centinela!... ¡Oh!..., ¿qué haré, Dios mío?..., socorredme... ¡Oh!, a cada momento se hace mayor el terror que me atormenta... ¿Qué será de mí?... Si mis súplicas y oraciones consiguen apartar de mi seno el puñal homicida (Cae de rodillas) juro solemnemente legar todos mis bienes a la iglesia, y pasar el resto de mis



días en el claustro. (Levantándose.) Si al menos lograra tranquilizar mi espíritu tal vez podría encontrar una salida por donde escapar. (Yendo a la puerta de la galería de los Ciervos.) ¡Está!..., está cerrada... ¡Oh!, no podré conseguirlo, y oigo una voz que me dice: ¡morirás! Es la voz constante y dolorosa del sepulcro, voz cruel para el sentenciado... El menor ruido me hace estremecer, y ya veo a todo ese bárbaro pueblo que deseoso de presenciar el terrible espectáculo que se le prepara, viene a espiar la palidez en mi rostro a dar un grito de alegría al ver rodar mi cabeza y a buscar en el cadalso el deleite de la sangre. (Cayendo en un sillón.) Pero no, tranquilicémonos porque la que me acusa, debe conocer que Carlos-Gustavo descubriría la causa de mi muerte por más que ella tratase de ocultarla. Pero una mirada perspicaz ve lucir el puñal, donde falta el cadalso... Pueden asesinarme en esta habitación retirada, y en este caso mi muerte quedaría ignorada... ¡Y quién me socorrería, quién acudiría a mis gritos si me sorprendiesen indefenso en este sitio? (Descuelga de la pared una cota de malla y se la pone.) Mi muerte sería entonces más cruel y más segura... ¡Me acuerdo del daño que hace una herida! ¡En un duelo me hirió un hábil espadachín..., y su espada entró tan fría!... ¡Y estoy destinado a sufrir tan horroroso suplicio! ¡Oh!, no, ¡es imposible! Cristina no puede reservarme esa muerte; y además yo ya la he evitado. (Se da con el puñal encima de la cota de malla.) Bien, no entran. ¡Así podré retardar la hora fatal! -Ya estoy más tranquilo. (Mirándose en un espejo.) ¡Dios mío!, ¡qué pálido estoy!... También hace frío. Pronto a consumirse no puede ya volverse a encender este fuego que se ha apagado. (Yendo a la ventana.) El día es tenebroso, el sol de otoño despide sin calentar su monótona claridad. Ese sol que la primavera vio tan hermoso, se parece ahora a un moribundo que se aproxima al sepulcro. La tierra tiene también como nosotros su hora fatal, y también es fría para ella la mortaja de nieve. (PAULA entra sin que MONALDESCHI la vea.) ¡Italia!... ¡Italia!..., en tu delicioso clima siempre es puro el cielo y radiante el sol. ¡Oh!, ¿por qué llevado de la esperanza de una brillante esclavitud, abandoné tus riberas, hermoso Arno? ¡Campos paternos, casa que habitan mis abuelos, aún os veo cuando cierro los ojos: cada objeto me presenta su agradable imagen! ¡Ya veo un árbol, ya una flor, ya un matorral, ya una hoja! ¡Ah!, ¡cuánto os echo de menos debajo de estos dorados artesones! (Viendo a PAULA.) ¿Qué hacías aquí?

## Escena II

MONALDESCHI, PAULA.

PAULA. -Nada, escuchaba.

MONALDESCHI. -¡Oh!, perdona, Paula, no me acordaba, ¿puedes salvarme? No lo dudo; estás ligada a mi destino, y me traes la esperanza. Todo lo había olvidado.

PAULA. -Yo nada: hablabas del Arno y de sus hermosas riberas, y tu rebelde memoria no te acordaba el día que me digiste: ¡te amo, Paula! Sé mía, y prometo a mi querida que pronto será mi esposa, un amor cual nunca ha inspirado mujer alguna; y lo juraste por el cielo y por la tierra..., comprendistes mis miradas aunque nada contesté. Más adelante, debajo de un cielo sombrío, juré yo que te seguiría como una sombra, que a la hora de tu

muerte me encontrarías a tu lado; ¡y aquí estoy!, ¿cuál de los dos ha cumplido mejor su juramento?

MONALDESCHI. -¡Cómo! ¡Paula! ¡Paula!..., ¿no me queda ninguna esperanza?..., ¿he de morir?..., ¿dime al menos cuánto tiempo me resta de vida?

PAULA. -¡Podemos disponer de un cuarto de hora!

MONALDESCHI. -¡De un cuarto de hora! ¡Dios mío!

PAULA. -¡Vuelve en ti, marqués!, ten valor.

MONALDESCHI. -¡Valor!..., le tendría, Paula, en medio de un combate, porque el olor de la pólvora, el estampido de los cañones, el choque de las espadas, el ruido de los instrumentos bélicos y los lamentos de los heridos, nos inflaman, nos hacen arrostrar los peligros, ¡y hasta embriagan nuestra alma con el deseo de morir por la gloria! Tendría ese valor, Paula, que tú tratas de infundirme, si la clemencia de Dios hubiese prolongado mis días, si mi cabeza encanecida y encorvada hubiese visto huir sesenta primaveras; si me hubiesen abandonado uno a uno todos los placeres que ahora formaba mi deleite. La muerte nos es menos sensible cuando se acerca por grados, y el alma se separa del cuerpo sin dolor ni pesar; ¡pero sentir en su seno que el hierro quiere abrir un corazón lleno de vida, y tener que morir!

PAULA. -No hay duda que nuestra alma rechaza esa clase de muerte, ¿pero en ella misma no podemos encontrar nosotros un consuelo? ¡Cuántas veces me has dicho en aquellos momentos en que entregados a nuestro amor nos olvidábamos del mundo para reconcentrarnos en nosotros mismos: cuántas veces me has dicho en un instante de cariñoso arrebató: qué feliz sería si exalase ahora mi último aliento! ¡Si pudiese beber lentamente en tus labios un veneno, y pasar en tus brazos, y con los ojos clavados en los tuyos, de la vida a la muerte y de la tierra al cielo! Durante aquellos cortos instantes de delirio devorador, yo nada decía, pero ahora que conservo mi cabal juicio y que han transcurrido cinco años, te digo que estoy pronta. -Aquí tengo tu veneno.

MONALDESCHI. -¡Veneno!

PAULA. -Su efecto es tan pronto como el relámpago.

MONALDESCHI. -No, aún conservo alguna esperanza; la reina querrá verme antes de asesinarme. Si mientras tanto no consigo escapar, siempre me queda la esperanza de que en esa entrevista ablandaré su corazón... Morir antes de verla sería abandonarme demasiado pronto a la desesperación. Es mujer, me ama y puede perdonar. ¡No!, ¡no!, ¡más tarde!..., más tarde recurriré a ese veneno cuando no me quede ningún recurso humano, cuando en mis postreros momentos esté a mi lado el ministro del Señor. Dádmele, Paula.

PAULA. -¡Toma!

MONALDESCHI. -¡Mi vista se turba!

PAULA. -Esta sortija tiene dos secretos, cuando hayas apurado el veneno que uno de ellos contiene, me la devolverás para apurar yo el otro. Espérame.

MONALDESCHI. -¡Ah! Paula.

PAULA. -Sé hombre ahora. Nuestra vida en este mundo no es más que un camino; luego que entramos en él se apodera la alegría o el dolor de nuestras manos, y nos conduce a su término, donde nos aguarda la tumba, en la que cae nuestro cuerpo fatigado; pero el alma que nunca envejece se queda en la superficie acordándose de la eternidad, a no ser que un crimen horroroso la arrastre con nuestro cuerpo y la encadene a él. Pero tú no debes alarmarte por el crimen que has cometido: vendiste a la que tanto te había amado, desgarraste el inocente y tierno corazón que se había entregado a ti, es cierto..., ¡pero entre nosotros debe borrarse y olvidarse todo excepto los días de felicidad y de alegría! Arrodiíllate, en virtud del poder que la desgracia me da; ¡en nombre del Dios vivo, te perdono! Vamos, la muerte no es más que un momento... Dios te ayude... Ahora puedes ya levantarte más tranquilo para morir, porque vienen.

MONALDESCHI. -¡Oh!, ¡tan pronto!, ¡tan pronto dejar de existir!

### Escena III

Dichos, SENTINELLI, dos SOLDADOS se pasean en el corredor oscuro que se ve más allá de la puerta.

SENTINELLI. -Soy yo, marqués. S. M. te aguarda.

MONALDESCHI. -¿Quiere verme la reina?, ¡aún no debo perder toda esperanza!, vamos, os sigo (Retrocediendo.) ¡Ah!, ¿no has visto Paula cruzar dos hombres en esos sombríos corredores? ¡Si me esperarán con siniestros designios! (Viendo lucir sus espadas.) ¡Son asesinos!

SENTINELLI. -¡Vamos, marqués!

MONALDESCHI. -¡Paula! ¡Paula!, corre a buscar a la reina, échate a sus pies, suplícala, implórala que venga... ¡Dile que la aguardo aquí! Que venga..., que se lo pido por Dios. Dile que quiero verla, que es preciso que la hable, que tengo que revelarla grandes secretos, que Carlos-Gustavo vengaría mi muerte. No, no le digas eso..., dile todo lo que creas que debes decirle. Haz cuanto puedas para que revoque la sentencia. ¡Ah!, no me olvides en manos de mi verdugo.

PAULA. (Marchándose.)- Y tú no te olvides de enviarme la sortija.

Escena IV

SENTINELLI, MONALDESCHI, CLAUTER y LANDINI en el foro.

SENTINELLI. -Me canso de esperar.

MONALDESCHI. -Concededme algunos minutos.

SENTINELLI. -La reina espera vuestra contestación. ¿Le diré que no os atrevéis a venir, temiendo que su justicia os castigue demasiado pronto?

MONALDESCHI. -No, porque nada temo, -nada, conde; pero quiero cumplir algunos deberes, que mi situación reclama.

SENTINELLI. -Bien, cumplidlos, marqués, pero acabad cuanto antes porque la reina espera.

MONALDESCHI. -Quiero escribir a mi madre.

SENTINELLI. -Es justo, -y propio de un buen hijo.

MONALDESCHI. -¡Qué amargo será su dolor cuando llegue a su noticia que su hijo ha muerto!

SENTINELLI. -¿Has acabado?

MONALDESCHI. -Ya acabo.

SENTINELLI. -Vamos.

MONALDESCHI. -Mis guantes, mi sombrero.

SENTINELLI. -Ahí están.

MONALDESCHI. -No puedo presentarme a la reina sin capa..., permitid.

SENTINELLI. -En esa silla la tenéis.

MONALDESCHI. -¿Pero es la mía?

SENTINELLI. -Sí, tómala... Vamos.

MONALDESCHI. (Poniéndosela ya en un hombro ya en otro.) -Las manos me tiemblan, y apenas puedo tenerme en pie.

SENTINELLI. -¿Qué más te falta?

MONALDESCHI. -Este corchete está tan apretado...

SENTINELLI. (Desenvainando el puñal y acercándose a MONALDESCHI.) Aguarda.

MONALDESCHI. (Retrocediendo) -¿Qué quieres?

SENTINELLI. -Ensancharle con mi puñal para evitar más dilaciones.

(Rompe la capa y el corchete.)

MONALDESCHI. (Enjugándose la frente con el pañuelo.) -¡He creído que se había adelantado la hora de mi muerte! Tengo frío, y por mi frente corre helado sudor...

(Deja caer el pañuelo y lo pisa.)

SENTINELLI. -¿Aún queréis hacerme esperar más?

MONALDESCHI. (Inmóvil.) -¡Ah!, cuando he visto que levantaba el acero he creído que no volvería a pasar vivo el umbral de esa puerta.

SENTINELLI. (Acercándosele.) -¿Tendré que emplear la fuerza para obligarte a que me sigas?

MONALDESCHI. (Llevándose la sortija a la boca.) ¡Adiós ilusiones, a dios vida miserable!... ¡Ah!, nunca tendré valor... (Corre a una columna en la que hay una Virgen.) ¡Protegedme, Virgen Santísima!

SENTINELLI. (Agarrándole del brazo y llamando.) -Ayudadme, vosotros.

Escena V

Dichos, CRISTINA, EL PADRE LEBEL.

MONALDESCHI. -¡Socorro -es la reina! (Viendo al PADRE LEBEL.) -No venís sola. ¡Ah!

CRISTINA. -(Viendo a SENTINELLI con la espada desenvainada.) -El celo os ciega, conde, yo no he dicho...

MONALDESCHI. -No lo habíais dicho..., ¡es verdad!, ¡infame asesino, maldito seas!

CRISTINA. -¡Ah!, no maldigáis, porque en el borde del sepulcro la maldición recae sobre el que la pronuncia. (A SENTINELLI.) Aguardad un momento, conde, aún no es tarde; cuando salga, herid. Dadme las llaves, y dejadnos.

(Vanse SENTINELLI, CLAUTER y LANDINI. La puerta se cierra.)

Escena VI

CRISTINA, MONALDESCHI, EL PADRE LEBEL.

MONALDESCHI. -Señora, no soy culpable, y contra mí se trama algún horroroso complot; debo por lo mismo...

CRISTINA. -Hasta el asesino, marqués, tiene derecho para justificarse. El juez oye la defensa del culpable antes de firmar la sentencia de muerte. Hablad..., retiraos un poco, padre Lebel.

LEBEL. -Quiera el cielo que ese desgraciado aplaque vuestra ira.

CRISTINA. -Os doy mi palabra de que procederé en justicia, ya sea que le absuelva, ya sea que le condene... Hablad, marqués, estamos solos.

MONALDESCHI. -No puedo hacerlo, si no se me dice antes de qué crimen se me acusa.

CRISTINA. -Abrid esta carta y leedla... ¿Creíais haber cubierto vuestro crimen con secreto eterno? ¡Insensato!... ¿Tembláis?... ¡Abrid esta carta! ¡Leedla, si sois inocente!

MONALDESCHI. (Cayendo a sus pies.) -¡Soy perdido!

CRISTINA. (Al PADRE LEBEL.) -Ya le veis, confundido a mis pies, abrumado bajo el peso de su propio anatema, despreciable para todos, y particularmente para sí mismo, porque excepto él nadie puede saber hasta qué punto le amaba antes de su traición. ¡Aquí le tenéis ahora humillado, culpable y suplicante! A falta de remordimientos le agobia el dolor. Os le entrego, padre Lebel. Preparadle para responder a Dios.

MONALDESCHI. -¡Oh!, ya no me queda más esperanza que en vuestra clemencia que es inmensa a la par que vuestro poder. Sí, lo confieso, fui estraviado porque me devoraba constantemente una duda cruel. Me abandonaba el valor delante de ese complot; porque preveía que causaría muchas desgracias, y que podría hacer derramar mucha sangre, y muchas lágrimas; y para Dios las lágrimas y la sangre de un solo hombre, ¡son tan preciosas como todo un reino!... Como buen cristiano creí deber sacrificar mi felicidad por la de mis semejantes.

CRISTINA. -Tenéis el alma muy grande, marqués, y me interesáis..., por lo que quiero infundiros alguna tranquilidad en vuestros postreros momentos. En los grandes cambios que se preparan no correrá ninguna sangre. Carlos-Gustavo no muere víctima de un complot, sino de una caída de caballo; el trono en que me voy a sentar no está manchado de sangre, y por eso La Gardie...

MONALDESCHI. -¡Oh!, ¡insensato de mí!... Soy un desgraciado que os suplica temblando que os compadezcáis de sus remordimientos, y olvidéis la injuria que os ha hecho. Imponedme toda clase de tormentos; estoy pronto a sufrirlos; pero no estoy preparado para morir.

CRISTINA. -Ya veis, padre, que le ha oído como era justo sin prevención, y sin odio. Otra vez os le recomiendo; preparadle a responder a su Dios. ¿Tenéis algo más que decir?

MONALDESCHI. -No, señora, ¡oh!, ¡todavía no!, ¡mi voz os implora ahora por vos misma! ¡Queréis subir al trono!, y vuestros pies se deslizarán en sus gradas empapadas en mi sangre; y dirán también cuando os vean sentada en él, que una mancha de esta misma sangre enmohece vuestra corona. Y también vendrá día en que como vos me juzguéis, os juzgará el Señor. Cuando os presentéis a las puertas del cielo con las manos cubiertas de sangre, ¿qué diréis a Dios?

CRISTINA. -Le diré: he defendido el principio sagrado de los reyes contra un hombre, cuya traición me ha obligado a ser homicida. Con mis reales manos he pesado su crimen, y le he juzgado, Dios mío, como le hubiereis juzgado vos.

MONALDESCHI. -Veo con dolor que el alma de la reina es inflexible... ¡Oh! ¿Lo será también la de la mujer? Quiero recordar a vuestros pies aquellos momentos...

CRISTINA. (Al PADRE LEBEL.) Separaos un poco, padre.

MONALDESCHI. -Aquellos momentos en que quitándonos la diadema quedabais reducida a la clase de mujer, y me decíais. Te amo. Entonces estaba a vuestros pies como ahora, pero no para implorar la vida, sino para apoderarme de vuestra mano; (la coje la mano) para apretarla contra mi corazón, para sellar en ella mis labios, para deciros una palabra de amor a la que contestabais...

CRISTINA. -¡Marqués!

MONALDESCHI. -¡Oh!, miradme; miradme a vuestros pies... No me acuerdo de que vuestra real voz dice que es preciso que muera, me acuerdo tan sólo de lo que en otro tiempo decía. Ya no me importa que lancéis sobre mi cabeza el fatal anatema, sabré rechazarle con esta sola palabra. ¡Te amo, te amo!..., hieres... Te amo..., toma, toma mi puñal... ¿Oyes?, te amo... Hieres aquí..., es mi corazón..., hieres, y véngate tú misma sino quieres que te vuelva a decir que te amo.

CRISTINA. -Dejadme..., dejadme. -Padre.

MONALDESCHI. -¡Oh!, calmaos. ¿Es la primera vez que aplacando tu ira, me ves a tus pies, y que me permites recobrar a tu lado mi puesto?... ¡Tú sabes que ningún otro sentimiento hizo latir nunca este corazón que tanto te ha amado constantemente!... Mírame..., dicen generalmente que los ojos son el espejo del alma, clava pues tus inquietas miradas en los míos, porque no tengo necesidad de ocultártelos.

CRISTINA. -¡Oh!, ¡es una debilidad indigna de mi corazón! Quisiera resistir, y me dejo arrastrar a mi pesar... Cambio vuestra suerte, y un destierro eterno...

MONALDESCHI. -¡Oh!, ¡prefiero la muerte! Y si a ese precio perdona Cristina, yo rehúso la vida que me concede. ¡No volverte a ver! -No; prefiero sufrir un momento, a estar sufriendo toda la vida... Estoy pronto a morir.

CRISTINA. -Aguardad, Monaldeschi, puede lucir aún el día en que me enterezca vuestro arrepentimiento... Desde el trono al que me llaman mis derechos, si llego a sentarme, reina entre los reyes, mis ávidas miradas os buscarán entre los cortesanos que corran presurosos en pos de mí, y entonces seré yo la primera en llamaros. ¿Pero vos que haréis, mientras llegue ese momento?

MONALDESCHI. -¡Esperaré!

CRISTINA. -Fiel a la fe que me habéis jurado, sin que otra...

MONALDESCHI. -¡Oh!, para mí sois sagrada.

CRISTINA. -Bien, marqués..., y cuando volváis tal vez agradeceréis el haber estado desterrado. Ahora aguardo...

MONALDESCHI. -¿A quién?

CRISTINA. -A Pablo, ese joven que os siguió a Stockolmo desde Roma. Hablaremos de vos algunas veces.

MONALDESCHI. (Había olvidado que una palabra suya puede perderme... -¡Es posible, Paula, que te he de encontrar siempre en mi camino para desvanecer mis sueños de engrandecimiento! Es posible que has de ser siempre mi genio infernal... Esta sortija, esta sortija...) Permittedme que envíe a ese page como un testimonio de amistad, como un recuerdo, esta sortija que muchas veces me ha pedido.

CRISTINA. -Ese recuerdo, marqués, es digno de un buen amo. Le haré entregar a quien vos deseáis.

MONALDESCHI. -¡Al instante!

CRISTINA. -Al instante... A dios, marqués... Marchad por esa galería... En las otras dos no encontraréis tan segura salida. El conde os aguarda, y reclama su presa. (Al PADRE



LEBEL.) Padre mío, en este momento han cambiado vuestros deberes. Debíais prepararle para morir, protejed su vida... A dios.

MONALDESCHI. (Besándola la mano.) -¡Tan pronto!

CRISTINA. (Abriendo la puerta.) -Sí. -Gulrick, que llamen a Pablo. -Quiero verle.

MONALDESCHI. -Está orando en la capilla.

CRISTINA. -No importa; que venga al instante... Más vale así; ¿por qué había de castigar de muerte un crimen sin efecto?, aun cuando me hubiese arrebatado la diadema, no me hubiese causado más que un perjuicio que yo misma causé voluntariamente. Ese poder que lejos brilla con tanta viveza, no tenía para mí ningún atractivo cuando yo le poseía; y luego que haya recobrado mi corona, me encontraré con que el fastidio participará conmigo del trono. (A PAULA que entra.) Venid.

PAULA. -¿Estáis sola?

CRISTINA. -Sí.

PAULA. (Mirando al rededor.) -¿Sola?

CRISTINA. -Mirad...

PAULA. -Está con él un sacerdote... Señora, reserváis algunas veces a los que os sirven espectáculos sublimes. Veo que habéis triunfado de los obstáculos. Eso es grande y bueno.

CRISTINA. -Pablo, el marqués me ha dado esta sortija para vos.

PAULA. (Con alegría.) -¡Ah!, traed.

CRISTINA. -He prometido entregárosla... Es un recuerdo de vuestro amo.

PAULA. -Y vos os habéis dignado encargarnos de entregármela, ¿no es verdad? Os doy gracias, Señora, por vuestra bondad: ¡esta sortija tiene para mí mucho valor!

CRISTINA. -¿Palidecéis, Pablo?

PAULA. (Llevándola a sus labios.) -No: bien venido seas, mensajero de la tumba. (A CRISTINA.) ¡Ah!, recaiga sobre vos nuestra muerte.

CRISTINA. -¿Sobre mí vuestra muerte?... ¡Oh!, habéis perdido el juicio. ¿Qué contenía esa sortija, decid?

PAULA. -Veneno. El marqués prometió devolvérmela cuando fuese a espirar, ¡y gracias a vos no he tenido que esperar mucho tiempo!

CRISTINA. -Pero el marqués no está sentenciado a muerte; va desterrado..., le he perdonado, y tal vez dentro de poco se sentará a mi lado en el trono.

PAULA. -¡Infame!, nos engañaba a las dos.

CRISTINA. -¿A las dos?

PAULA. -Soy mujer.

CRISTINA. -¿Vos? ¡Oh!, ¡todo lo adivino!... Desventurado... (Abriendo la puerta del foro.) ¡Aquí conde! ¡Venid, venid!, corred al extremo de esa galería..., alcanzad al traidor... Herid... Para engañaros os diré tal vez que yo conservé sus días; ¡no, no! ¡Que con sus lágrimas aplacó mi ira; no, no, mil veces no..., hiere y mata! (Empujándole.) No te detengas (A PAULA.) Para tu mal encontraremos remedio, hija mía; tranquilízate, te salvaremos. (Acercándose a PAULA.) Pero ya la devora el veneno... (Yendo a la puerta de la galería.) ¡Si se escapase!... No..., no escapará. La justicia de Dios detendrá sus pasos. (Acercándose a PAULA.) ¡Oh!, ¡no mueras, hija mía!..., ¡tan joven, tan hermosa!... (Viendo el progreso del veneno.) ¡Os conozco, venenos de Italia!, ¡sois mortales!... ¡Hija mía!... Alguien viene..., ¡no, nada!... (Va a la puerta.) Sí, oigo pasos. (Al PADRE LEBEL que entra.) ¿Y bien, padre, se acabó?

LEBEL. -¿Se acabó preguntáis? Luego sois vos quien después de haber prometido salvarle...

CRISTINA. -¡Infame!... ¡Salvarle!..., no, no... ¿Ha sido castigado?... ¡Cuánto tardan!..., ya se debiera haber acabado.

LEBEL. -A dios, señora.

CRISTINA. -A dios, padre. Ojalá lleguéis a tiempo.

MONALDESCHI. -¡Ah!

LEBEL. -¡Dios mío! Pero no, no se completará la venganza del asesino, el marqués ha apartado de su seno la espada. La presencia de los reyes, señora, salva a los que las leyes condenan.

CRISTINA. (Queriendo retirarse.) -No me verá.

LEBEL. (Deteniéndola a la fuerza.) -Os verá, señora.

Escena VII

Dichos, MONALDESCHI, SENTINELLI, CLAUTER y LANDINI.

MONALDESCHI. (Herido en el cuello.) -¡Socorro, socorro!, padre..., ¡perdón!

LEBEL. (A SENTINELLI.) -¡Detente por tu alma! Detente, asesino, sino quieres que el Dios que me oye te hiera con sus rayos. (A CRISTINA.) Todavía es tiempo, señora.

MONALDESCHI. (Incorporándose.) -¡Perdón!

PAULA. (Levantándose convulsiva.) ¡Perdón!

LEBEL. -No puede arrastrarse hasta vuestros pies, ya lo veis moribundo y ensangrentado. En nombre del Dios vivo dignaos, señora, conceder alguna tregua a ese desgraciado.

CRISTINA. (Colocando la mano en el corazón de Paula, que ha cesado de latir.) -Sí; me compadezco de él, padre mío... Rematadle.

FIN

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

